

G. F. S. - 22 -

Teatro G. F. S.

Cuadernos no 22

Los flamencos



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW



LA VIDA TEATRAL

LA TEMPORADA PRÓXIMA

LO QUE ESTÁN PREPARANDO LOS AUTORES

Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw

Su abolengo zarzuelero

—Tan firmemente han logrado destacarse en el cultivo de la zarzuela española estos dos jóvenes autores, que son considerados hoy como los libretistas más aventajados y diestros en el género, al que asidua y exclusivamente se dedican.

No fueron el azar ni la improvisación los que les llevaron al éxito. Su formación literaria es de abolengo zarzuelero. Hijo Guillermo de aquel gran poeta lírico, triste y trágicamente malogrado, Carlos Fernández Shaw, adquirió su cultura y abstracciones literarias al lado de su padre en los años en que, junto a López Silva y Arniches, triunfaba en la zarzuela y el sainete, llegando a ser el arbitro del teatro de Apolo.

Federico Romero fué en los últimos años del poeta su acompañante íntimo, convivió con él y, al par que de sus triunfos, supo de sus amarguras y de sus tristezas.

En aquellos años mozos, más íntima, parte la estrecha colaboración de ambos escritores: la amistad fraternal, gemelos en aficiones, se trocó en unida colaboración, y las preferencias literarias del padre y del maestro, la zarzuela y la poesía lírica, arraigaron en ellos.

"Los flamencos"

—Hemos estudiado en un café, situado al teatro de Apolo. Los autores de *Doña Francisquita* repasan un ejemplar del sainete que van a entregar a D. Vicente Patuel.

Entremetidos, como cumple a nuestra profesión, les abordamos para interrogarles sobre sus planes futuros.

—Terminadas — nos dicen — tenemos dos obras: este sainete, *Los flamencos* y *La meiga*.

—¿Como nacieron *Los flamencos*?

—Durante el último viaje del maestro Vives a Madrid, con ocasión del estreno de *La villana*, nos dijo:— Ahora quiero que me hagan ustedes algo para entretenerme, una cosa de tono ligero, popular. Una cosa madrileña no estaría mal, pues no crean que está azotado el género.

—Nos decidimos por el sainete y hemos escrito uno para dar lugar a una partitura, cuyos números van íntimamente ligados a la acción de cuyas situaciones surgen espontáneos, y en el que sólo existe un número episódico, y para esto muy dentro del ambiente.

—La partitura, ¿está ya terminada?

—Falta muy poco. Sólo le restan al maestro por enviar a la copistería tres números. Y éstos los terminará en estos días en el balneario de San Hilario, donde Vives se encuentra.

Federico y Guillermo nos van refiriendo detalles de su primer sainete. Como cumple a este género literario, tan popular, hicieron un estudio detenido del ambiente, arrancaron de la calle algunos de sus tipos y trasladaron a la escena un asunto vivido.

El sainete, en dos actos, va todo él escrito en romance, salvo alguna escena en redondillas, y la acción, que se desarrolla en el día, y en el de San Antonio, transcurre en el primer acto en una taberna de los barrios bajos, y en el segundo, en un merendero de la Bombilla. No se presencia la verbena, pero se presencia. La acción es unida y conciliadora.



dos de la tarde y prosigue en el segundo acto a las diez de la noche.

Los flamencos se estrenarán en Madrid, en Apolo, el 30 de octubre; pero acaso lo dé a conocer la misma compañía primeramente en Valladolid.

"La meiga"

Es la zarzuela gallega de Guridi. De ambiente regional, se apoya en el folclore literario y musical, vivos y estudiados por sus autores: concienzudamente. Guridi, Romero y Fernández Shaw estuvieron tres meses en Galicia, recorriendo aldeas, pazos, ermitas y corredoiras. Vivieron intensamente la vida gallega y estudiaron su poesía, sus cantos y su dialecto. Guridi saboreó a su placer cuantas colecciones de canciones inéditas se conservan por particular y aun en alguna recóndita aldea, como le sucedió en Arnoya; en tierras del Ribero, separada de Ribadavia por el Miño, halló diez y seis cantos no recogidos en ninguna colección.

—Cuando pensamos una zarzuela regional — nos dicen — comenzamos por tratar un asunto cuyo conflicto sólo pueda producirse en el lugar de la acción, para evitar que sólo tengan el carácter regional buscado los trajes y las decoraciones. Así, el asunto de *El castro* sería imposible situarlo en Andalucía o en La Mancha; el culto al hogar, el espíritu de resignación cristiana que en aquella zarzuela se tratan sólo cabía encajarlos en Vasconia, donde el espíritu religioso está más acentuado. *La meiga* tampoco podría ocurrir mas que en Galicia, única región donde perduran vestigios de la organización social de la Edad Media, donde el señor del pazo conserva instintos feudales, donde místicamente se practica la superstición religiosa y donde se observa un mayor movimiento emigratorio. Este último aspecto ha sugerido a Guridi una de las páginas más brillantes de la partitura, el adiós a la tierra. En los tres citados caracteres se basa el asunto de *La meiga*.

Situada la acción en mil ochocientos sesenta y tantos, con la

vidua de la viudedad de los tipos típicos, y en el valle del Ulla, entre Pontevedra y Orense, lugares donde Valle Inclán sitúa sus mejores novelas e inspiraran sus poesías a Rosalía de Castro, está compuesta toda la obra en romance octosilabo, salvo una escena en la que sentimos la necesidad de emplear el endecasílabo gallego o de tono evocativo, exigido por el ritmo vernacular.

Tiene la zarzuela tres actos, divididos en cinco cuadros, y podríamos más bien clasificarla como romance popular. Alternan las notas tiernas con las cómicas, y hemos procurado dar preferencia al carácter poético y de socarronería que predomina en el folclore literario gallego.

Romero y Fernández Shaw muestran su satisfacción por su obra gallega, cuya música consideran totalmente desconocida. Sólo en *Maruxa* se aprecia una evocación de los aires gallegos. Por lo demás, se conoce únicamente la *muñeira*, mal denominada *muñeira*; pero nada sabemos del encanto de los alalás, cantos de campo, de arriero, de cuna y de pandero o de ruada, y de tantos otros de carácter esencialmente poéticos, recogidos ahora por Guridi en la zarzuela.

—Ya que hablamos de *La meiga* — nos ruegan sus autores —, no quisiéramos dejar pasar esta ocasión para expresar nuestro cordial agradecimiento a cuantas personas nos ayudaron con entusiasmo durante nuestra estancia en Galicia, y muy especialmente al venerable D. Casto San Pedro, presidente de la Sociedad Arqueológica de Pontevedra y enciclopedia viviente de cosas gallegas; al Santalices de Orense, documentadísimo en cuestiones folklóricas, y a D. Perfecto Feljoo, farmacéutico pontevedrés, fundador de los primeros coros gallegos. Todos ellos rivalizaron en facilitar nuestra empresa con sus consejos y aportaciones de elementos valiosos.

La meiga, de cuya partitura sólo falta el tercer acto, se estrenará en la Zarzuela a fines de noviembre por la compañía del teatro lírico nacional. Su reparto es completísimo;

contralto, tiple, tenor, barítono, tenor y tiple cómicos y primer actor.

"La Malquerida"

—También tenemos terminada desde hace año y medio la adaptación musical de *La malquerida*, del insigne Benavente. Conrado del Campo quiso escribir una ópera sobre el popular drama benaventiano; pero don Jacinto se excusó de la adaptación del libro. Nos honró con la autorización para que lo hiciésemos nosotros, y esperando estamos, concluido libro y música, a que una compañía de ópera se decida a dar a conocer la obra musical de Conrado del Campo.

—Con las temporadas oficiales es inútil contar — argüimos —. Desde que la ópera se llevó por el Estado al teatro de la Zarzuela, no se ha estrenado ni una ópera española.

Otras zarzuelas

—Estas, con un acto cómico que tiene música de Granados, es toda nuestra labor dispuesta para la próxima temporada.

—¿Y en preparación para ocuparnos durante el verano?

—De eso no debemos hablar. Proyectos tenemos muchos; pero no presentándose la temporada próxima mas que dos compañías líricas en Madrid, sólo debemos aspirar a estrenar una obra con cada una de ellas.

Federico y Guillermo ofrecen una tenaz resistencia a descubrir sus proyectos; pero ante nuestra insistencia, aun más terca, nos hacen una relación de lo que tienen pensado escribir, sin orden de prelación prejuzgado, sino atemperándose a las circunstancias:

—Una zarzuela valenciana, cuya acción se supone a principios del siglo pasado, más que trasunto real de espíritu literario, estilizado. La música será de Leopoldo Magenti, joven compositor valenciano de seguro porvenir.

Otra, de ambiente florentino, de renacimiento, con música de Luna.

Una opereta, entre señorial y popular, a la manera francesa, cuya acción se sitúa en Inglaterra, reinado de Carlos II, con música de Pepe Fornt.

Para Granados, Rosillo y Moreno Torroba tenemos el deseo de hacer unas obras muy líricas, como corresponde a sus temperamentos. Tenemos que cumplir, por supuesto, el compromiso que adquirimos siempre con Jacinto Guerrero en la noche de nuestro último estreno. A éste dedicamos una zarzuela regional manchega, *La rosa del asafrán*.

Y, finalmente, tenemos entre manos un cuadro lírico breve, de ambiente isabelino, titulado *El chocolate*, para un espectáculo que bajo la denominación de «Estampas líricas» organiza el maestro Penella.

Nos despedimos de los afortunados autores, no sin adquirir una última noticia: *Doña Francisquita* va a estrenarse, traducida al flamenco, en el Folies Bergères de Bruselas, y ha sido pedida para Austria.

Miguel MAESTRE

«LOS FLAMENCOS», DEL MAESTRO VIVES

Hablando de su próximo estreno en el teatro Apolo, el ilustre músico catalán ha dicho, entre otras cosas, lo siguiente:

«Con «Los flamencos» no me propongo abrir cauces nuevos ni dar lecciones a nadie de cómo se deben ambientar las épocas teatrales. Hace años que acariciaba la idea de componer un sainete de costumbres madrileñas, porque yo a Madrid le debo muchas cosas buenas.

Ahora que hay más recursos teatrales que en pasados tiempos y que la gente parece documentarse mejor para juzgar las obras, me es grato realizar el intento.

«Los flamencos» parecen como nota consoladora en detalle, que yo no sé cómo lo recibirá el público. Mis amigos y colaboradores Romero y Fernández Shaw han querido que sus personajes hablen como se habla en Madrid—honradez de sainete!—, des-

denando el cinste preparado, cuanto no el «calemburo» de escenario o la parodia en el personaje.

Esta misma honradez me ha movido a hacer una música en la que no hay el menor resorte musical. Todo es sencillo y a ser posible humano.

En «Los flamencos» no se ha pensado en números cómicos ni serios. Nada se ha hecho a base de tenor, de tiple, de solista o de gracioso. El mérito de don Ramón de la Cruz y de Ricardo de la Vega se basó exclusivamente en recoger el teatro de la calle y trasplantarlo a la escena con las sales de su ingenio. Séanos a nosotros—termina el maestro Vives—, más modestos en la comparsa teatral, seguir aquellas huellas.»

Por nuestra parte, sólo diremos que ya hay expectación—como siempre que se trata de una nueva producción del autor de «Doña Francisquita»—alrededor del estreno de «Los flamencos», que se espera será un acontecimiento artístico.

"La Libertad"

15 Noviembre 1928

Vives estrena hoy en Apolo

Aunque el maestro Vives ha desfilado por esta galería con los honores que merece su personalidad insigne, no queremos dejar de subrayar la expectación que en estos momentos envuelve su figura. Vives estrena esta noche «Los flamencos» en Apolo, sainete de los excelentes libretistas Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw.

Vives estuvo anoche en el ensayo general. El maestro parece físicamente rejuvenecido. Durante uno de los entreactos se acercó al palco que ocupaban Luis de Tapia, Tovar, Antonio de la Villa, Rivero Gil...

—Maestro: esto sale muy bien—dijo alguien.

—Ya veremos a ver, Oñia.

—Y ese número de los borrachos, graciosísimo. Me han dicho que quería quitarlo usted. ¿Es que no le gustaba?

—No. Es que me parecía fuera de situación; pero luego he visto que estaba equivocado.

—Está usted muy bien de salud ahora. ¿Cuántos años tiene usted?

Tovar interviene prudentemente: —No se hable de los años.

Luis de Tapia declara:

—Por mí, sí. Yo he confesado mi edad, hace pocos días, en unas Coplas.

—Pues por mí añado Vives,



El ilustre maestro Vives

también. No somos tan viejos. Lo que pasaba es que empezamos muy jóvenes. Yo tengo cincuenta y seis años.

—Uno menos que yo—añade Luis de Tapia. Y a seguida pregunta al músico—: ¿A qué edad empezaste tú, maestro?

—A los veinticinco, con «Don Lucas del Cigarral».

—Y ese viaje a América, ¿quién?

—Hubo de todo—responde Vives—. Pero del país donde nos fué peor económicamente es del que tengo mejores recuerdos: Méjico.

—¿Darán «La villana» aquí en Apolo?

—No. Van a ponerla en la Zarzuela.

Como se ve, la conversación es una especie de montaña rusa. Cada cual pregunta al músico sobre una cosa distinta. A punto el diálogo de la incongruencia, Vives trae a cuento algo que le ocurrió por la mañana. Apenas puede referirlo de risa. Un compañero en la Prensa le llamó por teléfono para hacerle una entrevista sobre una cuestión de gastronomía: «Yó entendí astronomía y sólo una carcajada tremenda—dice Vives—. ¡Pero qué tengo yo que ver con la astronomía! Cuando comprendí el error, mi risa fué mayor aún.»

Y Vives sigue riendo, encantado de este breve rato de charla con sus viejos amigos. Encantado y olvidado, tal vez, de que en estos instantes «todó Madrid» se halla pendiente de él.

UNA HORA DE ENSAYO

Con el maestro Vives

El escenario de Apolo—tan vasto, lóbrego y desolado—da la impresión de un solar en tarde gris, o de un salón de baile arrabalero. Al fondo se sientan las mujeres demacradas: modistillas en apariencia, con sus abrigos puestos en defensa del frío, y algún que otro mozo cortejador a su lado. En el centro, como en un solar de suburbio, tres o cuatro jóvenes mal trajeados y mal rasurados bracean jugando al toro, a guisa de preparación invernal, y hablan, y discuten, y vociferan con esa petulante *pose* madrileña y ese tonillo nasal, reticente, agresivo y zumbón que hemos aprendido los madrileños de los madrileñistas.

La zarzuela que se ensaya es, precisamente, una zarzuela madrileña y tiene un título —*Los flamencos*— muy adecuado a la posición, a la actitud, al gesto y a la indumentaria de los hombres y mujeres que, en pie o sentados, alborotan el escenario. Actores madrileños o madrileñistas. No pueden sufrir un punto de silencio.

—No quiero oír ni una voz—dice con la suya, gangosa y catalana, el maestro Vives, luego de golpear, en vano, con su robusta cayada, el suelo y las butacas—. Ni una voz, ¿entienden? Oiga, maestro, no quiero oír ni una voz en el escenario. Vamos a repetir el número, sin marcar, ¿eh...? Y mire, maestro, no pase ninguna falta, que no tenemos prisa. He oído un *la* sostenido y es un *la* natural. Hay que fijarse mucho. Y que entren todos a la vez. Mire, *Selica*, cuente usted siete. Uno, dos, tres... hasta siete, y entra usted.

Se repite el número sin marcar, esto es, sin accionar, como quien canta en su casa, después del baño, como si no existiera la letra.

—Ahora, a marcar.

E inmediatamente el grupo de cantantes se disuelve, como a una voz de mando, y se distribuye por el tablado. Este da al aire una zapateta, aquel brinca, el otro se contorsiona en una actitud de payaso. Es un número jocoso. Parece como si la música y la letra, al ser cantadas rígida y fríamente, sin el alborozado afanzamiento de la mueca, mantuvieran en prisión la naturaleza mimética del cómico, que es, específicamente, pantomimo y que percibe, por intuición, antes que el sentido de la frase sus posibilidades gesticulantes. Figurero más que figura.

El escenario está desmantelado. La acción debe de transcurrir en una taberna, en un figón, en una covacha de los barrios verbeneros. Para lograr la sugestión del ambiente y prevenir la posición de los actores, se supone que una mesa es el mostrador; una silla, la mesa; dos taburetes, las sillas. Y como los actores poseen una imaginación naturalmente extraviada, porque no se explica uno de otro modo que hoy sean reyes, con toda la prestancia de tales, a la sola sugestión de un trono y de un manto regio, y mañana, mendigos, con toda la mansedumbre y cuitado desgarbo de los mendigos verdaderos, por obra y gracia de unos harapos de guardarropia; les bastan esas sillas, esos taburetes y esa mesa para representar sus papeles, alardeando de guapos, de bebedores, de toreros, de castizos y de tenorios. Harfa razón tenía el padre de *Los seis personajes* al desconfiar y repudiar a los representantes profesionales de su drama. Porque hay que suponer que si se animan a tal punto frente a un mobiliario tan menguado, ¿qué farsa no representarán cuando muebles y figuras sean reales e indubitables?

Pero yo he venido aquí con la vaga idea de conversar con el maestro Vives. Me siento a su lado, en una butaca, y observo su testa rebelde e inclinada, sus gestos automáticos, su ancha faz sensual y sus ojillos carnosos y avispados. No se sabe si es la fisonomía del artista la que da tono a su obra, o es la obra la que da expresión a la fisonomía; pero no hay duda que el rostro de Vives es la concreción escultórica de la gracia apicarada, de la alegre sensiblería, de la zumba de sus trombones y de la ingravida danza pavana de sus violines.

Pregunto por preguntar:

—¿Qué ha querido usted hacer en esta obra?—Y me doy en seguida cuenta de mi inepticia.

—Pues no lo sé.

Y empieza a golpear el entarimado con su cayada. Pero la orquesta no le hace caso. —Maestro, maestro. No, no, no." Y no le oyen. Tiene una voz atiplada, quejumbrosa y chillona, como la de Ramper, cuando imita a un inglés.

—Maestro, por favor; no deje pasar ninguna falta. Esos violines, más piano y más vivo, más vivo. Do, re, mi, fa; do, re, mi, fa; do, re, mi, fa. Vamos al principio.

—¿Cree usted—pregunto en un descanso—en la decadencia de la música española, con relación a las dos generaciones precedentes?

—No; es decir, según... Hemos tenido grandes músicos de zarzuela, como Barbieri, Chapi, Gaztambide. Mire usted, este número es precisamente del tipo de Barbieri... Pero ahora tenemos chicos muy estudiosos, y nuestros músicos saben más, en general. Eso que también antes había compositores muy inteligentes, como Gaztambide. Yo creo que a Gaztambide no se le ha hecho en España la justicia que su obra merece.

—¿Qué opina usted del fenómeno Gue-



EL MAESTRO VIVES, AUTOR DE LA MUSICA DE "LOS FLAMENCOS"

rrero, o sea del *guerrerismo* como fenómeno?

—¿Y por qué me hace usted esa pregunta?

—Como se ha dicho que iba usted a colaborar con él...

—No es cierto; y no por nada, sino porque yo no colaboro con nadie. Hace mucho que colaboré con Giménez, pero por circunstancias especialísimas. A mí, Guerrero y todos los músicos jóvenes me parecen buenos; son listos, estudiosos... Creo que en España estamos en una situación de inferioridad, con respecto a otros países; pero no por culpa de los músicos, sino porque aquí no podemos hacer lo que queremos. Ni los artis-

tas, ni las orquestas, ni los espectáculos nos dan margen para ponernos a tono con lo que es en Europa la ópera cómica.

—¿Le gusta a usted la música americana?

—Pues me gusta mucho. Es muy interesante; pero aquí se ha aprovechado lo más sencillo. Hay en esa música, y en la música negra, muchas cosas que no han sido importadas y que tienen más valor que las conocidas.

El maestro vuelve a golpear las butacas y a lanzar al escenario y a la orquesta su quejumbrosa voz. Luego, reclina sobre la mano el grueso rostro—¿y cómo le debe cansar ese peso de su rostro!—, y murmura:

—Siempre igual, siempre igual.

Y en voz alta:

—Todos a un tiempo, y más piano, y más vivo, más vivo. Y mire, maestro, no quiero oír ni una voz en el escenario.

—Lo que pasa—nos dice, al cabo de un rato—, lo que pasa es que en España no ha habido más que aficionados. Los músicos eran otra cosa, abogados, médicos, oficinistas, y escribían música por afición. Este vicio se extiende en España a todas las actividades, incluso a la política. Es un país de aficionados, y ello se advierte en la primera enseñanza; desde pequeños se prepara a los españoles para la profesión de aficionados. En todas partes se educa a los jóvenes para una cosa, para una especialidad. Alemania, por ejemplo, debe su elevado nivel cultural a esas especializaciones. Un joven alemán, lo que llamaríamos un "niño pera" de Alemania, sabe, por lo menos, tres idiomas; conoce perfectamente la Geografía, las Matemáticas, la Historia, y se especializa en algo... Aquí todos son aficionados. Todos son violines de Ingres,

—Y el suyo, ¿no está en las letras?

—Soy un gran aficionado a la literatura. Pero nada más que aficionado. Me gusta mu-

cho leer, leer de todo; pero por distracción, por puro amor a la literatura.

Suspende la charla para oír a Selica Pérez Carpio.

—¿Qué gran artista!—exclama—. Se prodiga demasiado y canta lo que no debía cantar. Si no se cuida, perderá la voz; pero ¡qué gran artista! Es como las de antes, y ya van quedando hoy pocas... Pues, sí; yo soy un gran aficionado a la buena literatura.

—¿Y al teatro?

—También, claro. En eso creo que estamos a la altura de cualquier país, en el nivel medio, se entiende; porque, en lo que se refiere a las audacias, en España no hay nada. Fuera, existe un teatro avanzado, que es interesantísimo, como espectáculo y como originalidad de concepciones dramáticas. Rusia, Alemania, Francia, los Estados Unidos tienen un teatro nuevo, de que carecemos aquí; un teatro realmente estupendo. Pero su teatro burgués y corriente no es superior, ni mucho menos, al de España.

Termina el ensayo de la música de Vives. Entran en escena Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw. Renqueando, bamboleanse, trastrando, con el soporte de la caya-la, el cuerpo premioso y la testa abacial, el maestro Vives se retira con el director de la orquesta y farfulla en un rincón sus quejas doloridas e implorantes.

TRIVELIN.

"El Sol" 16-XI-928.



EL MAESTRO VIVES
(Caricatura de Bagaría.)

"El Soc" 16 - XI - 1928.

INFORMACION TEATRAL

"Los flamencos", de Vives, Romero y Shaw

APOLO

"Los flamencos", de Vives, Fernández Shaw y Romero

La Naturaleza no marchará a saltos; pero el arte (a lo menos el arte lírico en España) marcha a saltitos. Cada saltito, una explosióncita. Primero, para comienzo de temporada, el barro Guerrero; el caso nunca visto de Guerrero haciendo música seria. En seguida, el número de éxito seguro del compositor desconocido, al que creíamos de buena fe catalán y resulta ser de lo más dálmata que pueden pedir las antologías. Anoche, la reaparición de Vives; suceso de magna categoría en nuestra vida zarzuelística. ¡El estallido del año! ¡El éxito de la temporada! Porque Vives, que estaba habituado a ser el éxito de muchas temporadas, comparte ya con sus compañeros de última promoción esta suerte de agotar el éxito del año sin pasar a la temporada siguiente. Con el tiempo se aprende, si no a hacer buena música, que esto lo tenía aprendido Vives desde hace mucho, a lo menos a no hacerla. Quiero decir, a ser económico, no a hacerla mala; y en ese aspecto de circunspección "Los flamencos" dan ciento y raya a la proverbial economía de Guerrero. Es ésta una buena costumbre: ¿para qué seguir el sistema de volcarse haciendo música si ya se sabe que con dos compases bien administrados se hace feliz al público y se resiste lo que dure la temporada?

"Los flamencos" son un salto en nuestro mundillo teatral. Un salto atrás. Y como en la zarzuela cualquier tiempo pasado fué mejor, el salto al sainete de 1890 es un hallazgo. Un sainete de 1890 es un hallazgo. Un sainete con moraleja, de los autores de "Doña Francisquita", y dos compases de música en un dúo final del autor del dúo de "Doña Francisquita". La verdad (¡cruda verdad!) es ésta, y el resto un agradable sainete de hace treinta y tantos años, o los que sean: los años del dúo de "La verbena" y de "La Revoltosa", con su picardinesa del "bis" de la frasecita con salsa, picardía y tal, que en 1928 salva una obra para toda la temporada. Sin ese dúo, y, mejor dicho, sin esa frasecita de gran estirpe, parlante cercana de la del otro dúo aludido, la comedia del maestro Vives y de los Sres. Fernández Shaw y Romero no habría sido más que una obra viejecilla, vulgarcilla; simpática, indudablemente; agradable, no cabe duda, pero después de la cual no puede decirse que los zarzuelistas jóvenes sean esa especie de trapo sucio que diariamente oímos decir.

Se dirá que Vives no necesita que suene su orquesta; ¡él, que había sido el "summun" de la orquestación! Ni que sus melodías tengan elegancia ni buen corte; ¡él, un melodista de primer orden! Contra lo que se diga, es menester que la orquesta suene y que la

melodía de la zarzuela tenga originalidad y desenvoltura. En "Los flamencos", Vives, el grande, admirado, querido Vives, no muestra ningún deseo ni de superarse a sí mismo ni de superar a los demás que no valen lo que él, ni siquiera de igualar a lo que fué su música de otro tiempo. Tras de un año de ausencia, el público, tan fiel y afectuoso con Vives, merece un poco más, sobre todo cuando se le espera con tanta expectación.

Para mi gusto, el mejor trozo de música es el de la juerga, en "casa del señor Juan", con su superposición de cosas dispares y su mezcla de efectos; música que acredita la mano avezada y el músico de teatro. El dúo del primer acto, o "dúo de la pelea", es el primer trozo de empeño y corresponde en estilo al romance madrileñista de los autores del libro. Sigue el número cómico del terceto de borrachos, gracioso en su aspecto de viejo sainete y que no eclipsará ciertamente al de los ratas.

Los competentes en madrileñismo sabrán si este ambiente está bien reflejado en "Los flamencos". Su andalucismo episódico quizá lo esté, porque no puede ser más convencional. El conato de vals vienés en el corito de muchachas, sigue en este tono de agradabilidad, y el público muestra en cada caso un equilibrio entre su opinión favorable y la no favorable, hasta que llega el dúo final, el de la reconciliación, y aquí sobreviene el vuelco. Felices mortales. El dúo o, mejor dicho, la frasecita de la tiple se repite dos veces más, y el auditorio se marcha henchido de satisfacción. No puede negarse que en un autor ésta es una acción meritoria. La de los libretistas también lo es: nos convencieron del daño tan grande que hacen los chulapones en un matrimonio que se quiere a rabiar, pero que anda siempre de polémica porque a él le azuzan los amigos, metiéndole otras niñas por las de sus ojos. Pero ella, la tiple, tiene un papá castizo, y él, el tenor, una mamá castiza, de lo más castizo 1890, modernizados con un "a mí que me registren" o un "estás de alivio", o un "es lo suyo", y todo se arregla.

La interpretación de la obra fué notable. Selica Pérez Carpio y el Sr. Roméu cantaron con gusto,

gracia, picardía, majeza: lo que la situación requería, y cantaron con entusiasmo y cariño indudables. La señora Andrés y el Sr. Navarro estuvieron en constante acierto y a la altura de los modelos de antaño. La señorita Avelín y el señor Palacios tuvieron fortuna en sus respectivos papeles. El trío cómico de los Sres. Llorca, Cervera y Stein, procurando acercarse a la dislocación. Resumen: ¡oh el dúo! o ¡quién volviera a nacer!—S.



Una escena de la obra *Los flamencos*, estrenada anoche en el teatro de Apolo.

(Fot. Pío.)

El Imparcial 16-XI-928.

EL ESTRENO DE ANOCHE

Un nuevo éxito del maestro Vives

Nada tiene de extraño que quien tiene hecho el paladar al ajo arriero de los mesones, y los huesos a dormir en el poyo del hogar, si se le sirve una salsa suprema la encuentre insulsa, y se desvele en lecho de plumas mullidas si la suerte se lo depara. Esto le ocurrió anoche a buena parte del público de Apolo al ofrecérsele manjares distintos del condumio habitual. Sobre otra parte, y también numerosa, influía indudablemente un prejuicio, un apasionamiento, un partidismo. De otro modo, no se explica que el éxito grande, rotundo, logrado por el maestro Vives le fuese regateado número por número, nota por nota, pudiéramos decir.

Algún día recordaba, buscando explicación a lo que ocurría, los buenos tiempos en que en este mismo teatro se libraban verdaderas batallas en los estrenos, y las mejores partituras de Chapí eran rechazadas la primera noche. No. No es eso.

Ojalá, para bien del arte dramático, retrocediésemos a aquellas épocas!

Ayer se cometió una verdadera injusticia con el ilustre maestro Vives. La partitura de *Los flamencos* es primorosa, adecuadísima a las situaciones y al ambiente, con vigoroso color y delicadísima inspiración en la línea melódica.

Impera en ella la seguidilla, tan española, tan apropiada unas veces al desgarrar de la chulona, tan pasional otras, que se convierte en tierno lamento de un alma dolorida por los celos o inflamada por el amor si pasa por las manos de un compositor del corazón, del sentimiento romántico del insigne autor de *Doña Francisquita*.

Queremos observar, ya que inculpamos a distintos sectores del público de injusticia y apasionamiento, que la obra de Vives, que tan poco prodiga su musa, era esperada con extraordinaria expectación, y en estos casos la severidad del juicio tiene exacta relación con la personalidad del autor.

¿Sinieron algunos defraudada esta expectación al no hallarse ante una partitura tan considerable e importante como la de *La villana* o de tanta significación lírica como la de *Doña Francisquita*?

La de *Los flamencos* responde a la clasificación de sainete lírico. Sus distintas piezas, diez, son ligeras, pero no vulgares, y en determinados momentos (como el dúo final del acto segundo, que en nada desdice del tan celebrado de *Doña Francisquita*, y que hasta tiene su misma traza, sin descender a la réplica, entiéndase bien, se eleva, alcanzando el tono de la mejor lírica de nuestro género chico.



Amadeo Vives, autor de la música de Los flamencos
(Fot. Cartagena.)

Este dúo determinó el éxito. Contentó a los más exigentes, nos llenó de entusiasmo a los que nos habíamos deleitado con las bellezas de los motivos, con lo castizo de las frases, con los primores de la armonización, con la polifonía lograda por las frases al pasar a la orquesta.

La ovación más estruendosa interrumpió la melodía, dicha exquisitamente, con delicadeza y sentimiento insuperables, por Selica Pérez Carpio.

Tres veces se dijo el dúo, y las tres veces el maestro fué reclamado al proscenio, donde se le aclamó, reparando las sinrazones con que se rehusó la repetición de otros números y la tibieza de los aplausos con que fueron acogidos otros tan de sainete, tan graciosos, tan zumbones como el de los borrachos y el balable, o tan jacarandosos como el tango que sigue y enlaza con un danzón a la boga del día.

La necesidad de dedicar algún espacio al libro de los Sres. Romero y Fernández Shaw nos priva de seguir detallando los restantes méritos de la música de *Los flamencos*.

Los celebrados autores se muestran comididos y discretos en demasía. El sainete requiere pincela-

das más gruesas. No corresponde la exacta entonación que el compositor da a cada frase del cantable, según la situación del personaje, con la falta de colorido que en el diálogo tienen esas mismas figuras.

El donaire, la agudeza chulapa, la marchosería del flamenco quedan disminuidas en el verso, correcto siempre, pero chispeante pocas veces.

La parte que sirve para el entroncamiento lírico es la mejor lograda.

De los intérpretes, ya hemos citado a Selica Pérez Carpio, que, además de cantar admirablemente, da mucha vida a la parte hablada.

José Roméu entonó muy bien su parte, compartiendo los aplausos con la tiple, y también los mereció en un parlamento dicho con brío.

En los hablados, diremos de él lo mismo que de los libretistas. Le falta el *sainete*, entiéndase en la aceptación de aderezo.

Muy bien, como siempre, de dicción y de gesto, Carmen Andrés, la señorita Avelli, Palacios, Navarro, Marcén y los ejecutantes del número de los borrachos, cuyos nombres no recordamos.

Antonio FERNANDEZ LEPINA

INFORMACIONES DE ESPECTÁCULOS TEATROS, CONCIERTOS, CIRCOS

Informaciones teatrales. «Los flamencos». Otras noticias. El teatro en provincias. Cartelera madrileña. Informaciones musicales.

Informaciones y Noticias Teatrales

En Madrid

«Los flamencos»

Y llegó, al fin, ya en las postrimerias del acto segundo, el momento que le era debido al maestro Vives en la noche de ayer. Fué el dúo, el dúo entre Selica Pérez Carpio y Pepe Romeu. Allí se desbordó la admiración en forma imponente, arrolla-



BUQUELO DE LA VENTURA

ACTO I. ULTIMA ESCENA

VENTURA (P. Carpio).—ESTA BIEN, ¡EN MIS NA-
RICES!

MANOLO (Romeu).—PERO ¿ES QUE VAS A HACER
CASO?

VENTURA.—¡CHARRAN!

MANOLO.—¡EH! NO TE DESLICES.

dora. Vibró el público, todo el público, aun los espectadores más remisos para el aplauso, y las ovaciones se sucedieron con encendido fragor. Dos, tres veces fué preciso, para saciar el gusto de los espectadores, decir la deliciosa página musical.



BUQUELO DE LA VENTURA

ACTO II

DON ANILLO (Marcén).—OYE, COLOREN: ¿ESTAN
MOS EN RIDICULO O EN FONDET?

ávidos aquéllos de volver a sentir su belleza, de aspirar su deleitosa fragancia.

¡Qué primorosa gracia de expresión, tan suave, tan fina, tan llena de contrastes, la de esta escena musical; una escena de celos, de reproches sentimentales, entre vayas y veras, subrayada por un aire cadencioso y zumbón! En este número, como en otros de la partitura, siquiera no alcanzasen el mismo resonante éxito, es de admirar la perfecta subordinación de la música al libro, su fidelidad interpretativa, la admirable unidad de estilo, lleno de garbo, lozano y jugoso. Vives ha exornado el sainete de Federico Romero y Fernández Shaw con bellas acuarelas madrileñas. Para su composición—y ese es su mayor mérito—; no ha necesitado emplear efectos ni toques de relumbrón.

Es la excepción en las vulgares apetencias. Todo sencillo, claro y sobrio, sin concesiones al mal gusto, al fácil aplauso, sino como cumple a quien realiza una labor consciente de su nombre y de su artística responsabilidad.

Una pequeña parte del público, por cierto el de las alturas, que es—cosa extraña— el que no suele manifestarse, no lo entendió así y perturbó en algunos momentos el feliz curso de la representación. Lo sentimos por los disidentes; pero ello afianza más nuestra opinión acerca de cuanto decimos de esta lindísima partitura del maestro Vives, en la que se destacan el cuarteto, de barbiesco aire; el graciosísimo terceto de los borrachos; la juerga en el mendero, página costumbrista de mucho color, graciosamente instrumentada, y el número de las muchachas, burladoras de un averiado don Juan. Se repitieron estos números, y el gran Vives asomó por el escenario su faz de hombre epicúreo y comprensivo.

Romero y Fernández Shaw han escrito un sainete de buena traza, en limpio romance, animado por las vivientes alegorías de unos parásitos "flamencos", gente marchosa y jaranera, que apenas si tienen otra misión que la de estorbar la buena ventura

de un torerito muy pinturero y la de su mujer. Mas sólo se trata de una nubecilla conyugal. Pronto, convencidos y enamorados vuelven a unirse, y los "flamencos" hacen "mutis" en el más ridículo fracaso. El primer acto es movido y gracioso. El segundo, la verdad, no es ni lo uno ni lo otro. Se desliza lánguidamente. El dúo que puso al público en pie llegó en oportunísimo momento. Selica Pérez Carpio ocupó el primer puesto en la interpretación. ¡Con qué donaire dijo y cantó su papel! Y, sobre todo, la frase del dúo. Un primor. El público no la dejó acabar. Romeu nos



BUQUELO DE LA VENTURA

ACTO II. PENULTIMA ESCENA

JUAN (Navarro).—YO CON "USTE", "PA" CUAL-
QUIER "BARBARIDA", ME SINDICO.

MARTA (C. Andrés).—DEJASE DE CUCHUFLETAS,
QUE ES "USTE" MUY "SICALITICO". ¿Y LA VEN-
TURA?

pareció un poco cohibido, como si no se encontrase en su papel. Cantando, eso sí, hizo alarde de su buen gusto y de su arte exquisito. Trinidad Arellí, Carmen Andrés, con su madrileño desenfadado; Navarro Palacios y Marcén dieron a sus tipos su adecuada expresión.—Floridor.

ANOCHÉ, EN APOLO

Nuestro amigo el sainete

Para Roberto Castrovido

¡Mi querido Castrovido! ¿Usted se acuerda de nuestro encuentro de ayer mañana? A mí, ¡la verdad!, cuando nos despedimos y le vi caminar en busca de esta calle de la Luna, calle de sainete, donde el Julián conoció las desventuras de sus celos, se me fué detrás de usted el alma.

¡Usted es de los pocos madrileños que le va quedando a Ma-

juegan al «mus» de cara el trasco de vino que consumen. El bebedor que se pega como lapa al mostrador, y mano a mano con el amigo, y sordamente, se halla dispuesto a beberse toda la cazalla. El señorito vago, con su cortejo, que va y viene por la taberna, al olor de la tabernerita, la niña guapa que está casada con el hijo de la señora Marta, la dueña del inmueble. Y los chicos y el fraseo de unos y otros

ya enclavada y confiada a sus propias fuerzas, vuelve a la taberna en busca del «Manolo», y con él se encuentra, y después de recrinarle su conducta, el «gachoneo» del mozo la conquista otra vez. Y cuando están a punto de marcharse juntos, surge la presencia del padre de la muchacha, que, en unión de unas mozas, se ha ido a correr una juerga en uno de los reservados de la taberna. La hija, que conoce de la vanidad

de a caer. Y allá en el fondo, el buen pueblo, que baila el último grito del «charleston», al compás de la pianola.

De cómo consigue en este número dar la sensación del compositor, sólo él y su pasmosa sabiduría lo saben. El público aplaude y aplaude sin rebozo.

Y es claro que en el merendero van coincidiendo todos los personajes: el «sombrón», compañero del «Manolo», «Don Abilio», el divertido apoderado, la madre del «Manolo», que no vive hasta lograr la tranquilidad de su hijo; la pizpireta «Mariquita», siempre al cebo de sus coquetos.

Y la farsa sigue intrigando, y el público, que no pierde el hilo, sólo espera la llegada del «Manolo», que es motivo del encuentro con su mujer, de la que ya recela por la advertencia noble del «Niño de la Botita» y la perfidia del inevitable «Don Abilio».

Y cuando cara a cara se encuentra con su mujer, es cuando rompe la orquesta en un nuevo dúo, que es todo el sainete.

El «Manolo», cegado por la pasión y los celos, se desata en furias contra aquella mujer, que es su vida; pero es una mirada de ella, una frase, para paralizarle en sus intentos. Dolor, ternura, emoción, congoja de enamorado. Y la protesta firme de «Ventura», que, como hembra que ya siente cerca la caricia, le envuelve en sus amores para no soltarle.

Este es el dúo. Esta es la faena de Vives. Faena de Juan Belmonte, arte puro, oro de ley, sin trampa ni engaño, dándole todo, porque no en balde es al corazón lo que se juega.

¡Perdón, maestro Vives! ¡Perdón, maestro Castrovido, si yo saco a colación esa fiesta de sol y de sangre que es la de los toros! No tengo a mano otra cosa que se pueda comparar más dignamente.

El público, todo el público, puesto en pie, ronco de gritar, como en una plaza de toros, interrumpe la faena de Vives.

¡Así, maestro, así! Eso es hacer música. Como cuando le dicen a Belmonte: «¡Así, Juan, así; eso es torear, dándole todo!»

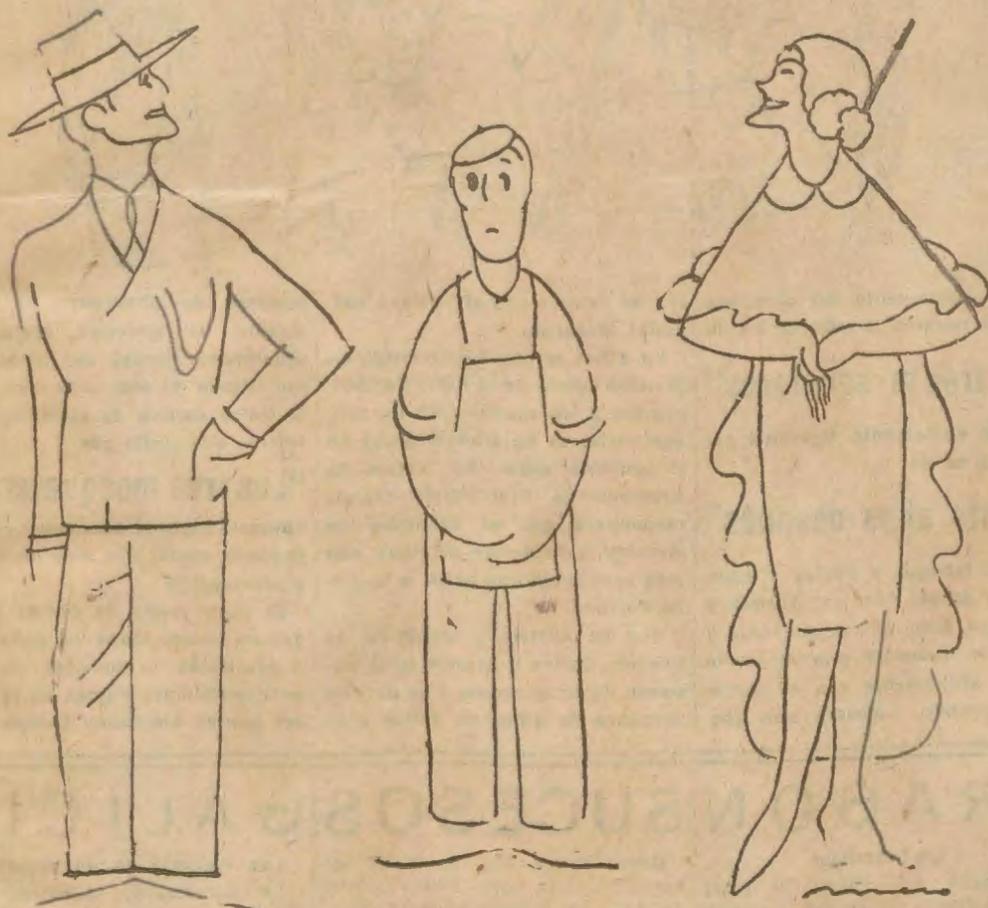
Y como el número es algo que puede duplicarse y triplicarse en los toros casi siempre se acaba el enemigo, el dúo se repite dos veces más, entre la emoción y el entusiasmo delirante de los que oyen.

Y Vives triunfó ayer como en sus mejores días. Como en el mejor. ¡Y ya ve usted, entrañable Castrovido, en un solo número! Precisamente en el número que hacía falta.

Y la gente salió anoche más feliz que nunca del teatro de Apolo. Y el sainete volvió a estar en candelero.

Ahora, que me vengan a mí pidiendo críticas. ¡Taday, infelices!

ANTONIO DE LA VILLA



Romeu, Palacios y Selica P éres Carpio, en «Los flamencos», vistos desde la butaca por Rivero Gu

dríd! Otro que me hubiera visto me hubiera preguntado «por la marcha de los acontecimientos» o «por dónde andan nuestras esencias republicanas, que se esconden tan miedosas», y usted, queridísimo Castrovido, que vive Madrid gota a gota y minuto a minuto, al darse cuenta de que estoy medio en estos «fregaos» de los teatros, y que se inflama pronto con las cosas buenas que nos pasan, sólo se le ocurrió decirme una cosa:

—Esta noche, en Apolo, se estrena un sainete. ¡Cuánto siento no verlo! Pero no he encontrado localidad.

A mano llevaba yo una. La única que tenía. Más mérito para el público y para los lectores era que usted viera el estreno del sainete que yo lo comentara. Con toda ilusión quise dársela a usted; pero usted, que hace las mercedes a manos llenas, es irreductible hasta para cosas tan menudas como ésta. En su cara yo leí bien claro que no la hubiera aceptado aun cuando me hincara de rodillas. Y usted volvió a decirme:

—¡Lo siento de verdad! Mañana ustedes me contarán lo que ha sucedido. Y después ya veremos de encontrar un sitio, cuando buenamente sea.

Y como un colegial alegre, usted, mirando al sol, que era de bendición, y a las gentes de la calle que iban a sus oficinas—era la hora del Madrid que trabaja—, se metió por la calle de la Luna, como en aquellos tiempos en que se dirigía a la Redacción de «El País», infamado por sus artículos evangélicos.

Y todo el día, y toda la tarde, y todo el tiempo que ha transcurrido hasta el momento de escribir estas cuartillas, su imagen de usted ha sido mi compañera, y la misma preocupación se me ha agarrado a la pluma: que usted es Castrovido y yo soy un pobre diablo que apenas me llamo Pedro.

¡Verá usted, querido Roberto! A las diez de la noche estaba Apolo inundado. Todas las localidades ocupadas, y en el vestíbulo más gente, si cabe, pugnando por entrar. ¡Usted se acuerda de aquellas secciones por horas? Pues ponga usted una de las de más éxito: «La revoltosa», la misma «Verbena». Se apretujaba la gente, que iba y venía en verdadera ola, buscando la caridad de un revendedor—¡aqueellos revendedores ya desaparecidos!—por si les quedaba alguna entrada. No había revendedores ni entradas. Pero la gente, como en los arrastrados, seguía a pie firme, a la espera de pescar algo de lo que iba a pasar allí dentro.

Yo llegué como pude hasta mi butaca. Era en el momento que se hacía luz en la orquesta y atacaba el preludio. unas cuantas notas nada más para entrar en acción.

Empezaba el sainete: una taberna de los barrios bajos de Madrid, evocadora de aquella otra taberna del «Juan José», más cuadrada, porque es una mujer la que la regentaba. Todos los personajes nos eran familiares. Los alfileros, el «Niño de la Botita», el «Manolo» y otro compañero, se

va apoyado por la orquesta, que suavemente, como un tenue rumor, sirve de marco al cuadro.

De pronto irrumpen en la taberna las mocitas del barrio, capitaneadas por la misma tabernerita. Es mañana de Mayo, Fiesta de la Flor. Hay que «saquear» a la parroquia y obligarla a que muestre su generosidad para los pobrecitos pobres. La orquesta atacó de firme, y las notas alegres de un pasacalle jaranero se escuchan, dando la sensación de que estamos en Madrid y con el corazón a flor de labio.

El número se aplaude con bríos. Y el desfile gozoso entre mozas y mozas que se arrullan, nos va dejando libre el campo para enterarnos de lo que sucede.

Es un episodio de todos los días. Pues sucede que «Ventura», una espléndida muchacha de Embajadores se ha enamorado como Dios manda del «Manolo», el hijo de la tabernerita, que es un mozo de planta «engolosinado», con su majeza, haragán de buena ley, que se dice torero, por decir que es algo, y en compañía siempre de unos «flamencos»—los «flamencos» de ayer, de hoy y de siempre—, que le traen y le llevan como un muñeco en aventuras amorosas más o menos fáciles, que a ellos les sirve de diversión y de sustento.

«Ventura» se ha casado con el «Manolo», y a los pocos meses ya se da cuenta de que el muchacho, ilusionado con su otra vida, deja el hogar más de la cuenta y en abandono a la tabernerita.

Pero la muchacha es buena, quiera a su hombre con toda la ley del carifio, y ni los «moscones» del señorito que la acecha y la persigue, ni los desdenes del marido la hacen torcer de su camino.

Nadie escucha a la pobre «Ventura», porque la madre del «Manolo» parece en principio no ver más que por los ojos del chico, y el padre de «Ventura», viejo verde y divertido, que sueña todos los días con la conquista de una «tobillera», cree que su misión de padre terminó con la boda.

Y por la taberna vamos viendo desfilar todas las flores del pecado del «Manolo».

Ya han llegado allí «Don Abilio», apoderado y consejero áulico del torero que nunca torea. Y «el Fantasta», entre mozo de estroques y corralles de sus trapicheos, y «el Colorín», cantor de la última taranta y sombrero para todas las juergas que se organizan. Allí conocemos a «la Elvira», uno de los mejores bocados del «Manolo», y la Coralito, y la Loli, y la Pili, que acechan al galán con todo el libre albedrío de muchachas que no les importa perder nada.

Se deja el «Manolo» querer, y sus amigos le siguen preparando nuevas aventuras, como la conquista de «Mariquita», la peñadora pizpireta y apetitosa de la señora Marta la tabernerita, que entra y sale en la taberna con cierta familiaridad, porque además del servilicio, da la casualidad de que es novia por las busnas con el «Niño de la Botita», un excelente muchacho que ha

del padre y quiere velar por él, tira del viejo, que también es su carifio, en la esperanza ya de haber conquistado a su marido, y en la taberna deja al «Manolo», con la promesa de que no volverá a las andadas.

Pero los amigos allí están; el cebo llega en forma de «Mariquita», y mientras la hija arregla los pleitos de su padre, el marido vuelve a caer en las redes amorosas que le tienden, sugestionado por las travесuras de la peñadora.

Nuevo escarceo y sorpresa final. Vuelve «Ventura» por su hombre. Se da cuenta del nuevo engaño y, en arranque de mujer que ya no perdona, anuncia al «Manolo» que le abandona para siempre, mientras él, sin voluntad, pero convencido de que está enamorado de su mujer, se ampara en su madre, pidiendo que la traiga a la casa a toda costa.

Estamos al final del primer acto. El público ha seguido con interés creciente toda la farsa. Y en las situaciones musicales ha aplaudido con carifio, pero sin confiarse.

Hay un terceto de pura esencia cómica: el paso de los tres borrachos por la taberna. Otro número de pura raigambre madrileña: la entrada de los tres amigos del «Manolo». Otro más, de extrema picardía, alegre, movido y con mucho juego por parte de las figuras: el de presentación de «Mariquita». Y, por fin, el dúo de los desdenes entre el «Manolo» y «Ventura», en que el músico, en un alarde de rica vena de autor—¡autor grande, inmenso, ante todo!—, pone el marchamo de sus notas.

Aplauda el público en uno y en todos. Se pide al autor, y casi a la fuerza sale Vives Allá, en las alturas, se oye como un rumor de protesta. Vives levanta la cabeza, mira fijo, y su sonrisa fina asoma a los labios, mientras su mano se crispa como con rabia.

¡Perdón, maestro Castrovido! En este momento yo evoco la figura de Juan Belmonte Toreros hay muchos, músicos hay muchos también. Pero Vives no hay más que uno. Belmonte no hay más que uno también. Los toreros y los músicos que lo son, a cada momento le dan su faena. Y muchas veces ríen para ellos cuando el público parece que protesta.

«¿Qué querrán?», preguntaba un día Belmonte. «¿Qué querrán?», debió decirse ayer Vives, al darse cuenta del rebullido del gallinero.

Y tranquilo se volvió a las cajas del escarnero a esperar el momento de otra faena.

Y la faena llegó; procurare contarle brevemente; porque esto se alarga y alarga como mi entusiasmo.

El segundo acto se desenvuelve en un merendero de los nuevos de la clásica Cuesta de las Perdices. Es noche de verbena en la Florida. Y por ello es muy grande el bullicio en la casa del Sr. Juan, que es, como ya digo, el padre de «Ventura».

Hay una escena musical de enorme intensidad, que es la de la juerga. En cada cena hay un episodio de la fiesta andaluza, con cantaores y bailaroes, amén del consabido marqués castizo. El del señorito que acecha a la abandonada «Ventura», por si se deci-

= "El Debate" 16 - XI - 1928. =

APOLO: "Los flamencos"

Ha pesado demasiado sobre los señores Fernández Shaw y Romero la preocupación de hacer un sainete. Llevados por ella, se han documentado, no en la vida, documentación única para hacer sainetes, sino en las obras clásicas del género, error extraño en quien lleva el apellido de un gran sainetero que vió a la Revoltosa en la calle.

Mirando, pues, hacia atrás y andando por lo tanto sin ver claro en el presente, han hecho una obra tímida, como otras tantas aspiraciones de sainete, en que lo actual está en los trajes y en algún toque leve y aislado de costumbre, mientras el asunto es de época indeterminada, sin contacto con la realidad del momento, médula y razón de ser del sainete; y son los tipos reencarnaciones de otros ya aplaudidos.

Con estos elementos, pocas cosas grandes pueden hacerse, pero en "Los flamencos" hay un inconveniente más: el de que los autores, acostumbrados a la técnica de la zarzuela, no han podido sustraerse del todo a algunos de sus resabios; por ejemplo, el de la pareja cómica, con su acción un tanto paralela a la pareja seria del asunto principal; el de la preparación de las situaciones musicales, que en el sainete han de ser, no ya justificadas con exceso, sino aun disimuladas, para que el paso de la realidad apenas sea notado, y en la conducción del asunto, leve, rodeado de escenas incidentales que tiendan a pintar el ambiente, pero siempre en primer plano, destacado y definido.

Hay en este sainete casi un abandono del asunto, agravado por un olvido de las figuras principales: vemos cómo se plantea entre ellas un conflicto y luego asistimos a su desenlace, con una tardía complicación de celos, que, iniciada antes, hubiera servido para el nudo que falta; los tipos de los tres frescos que andan soliviantando y esquilmando a un torerito pinturero y fantástico se han visto ejerciendo igual papel en otros sainetes, como la madre buena y bravía, la esposa ofendida y enamorada y el padre juerguista.

Falto de novedad y de emoción, alargado por escenas y más escenas que, sin fijar el ambiente, no aportan nada a la acción, la obra, hecha con dignidad, en verso limpio, resulta fría, incolora y apagada; el afán, mejor aún, la necesidad de animarla con alguna gracia, lleva a los autores a emplear

frases bajas y chocarreras y chistes bastos y malsonantes, que desdican de esta dignidad del empeño.

El maestro Vives insiste con gallardía en la inspiración netamente popular, que exalta, vertiéndola con ideas propias, sobre un fondo orquestal del más puro clasicismo, de un equilibrio, de una pureza, de un contenido extraordinario; quizás esta depuración de la forma le reste en algún momento ímpetu, vigor y emoción a la frase melódica, pero surge siempre clara y definida. Luchaba anoche con la falta de verdaderas situaciones; triunfó de algunas desplazadas, frías, que no ofrecían al músico punto de apoyo emocional; cuando la situación surgía franca, se producía como una explosión del talento del músico, como en un cuarteto del primer acto, gracioso, vivo, fresco, de un sabor gratísimo popular, que evocaba la memoria de un Barbieri ampliado sobre una orquestación moderna; un terceto de borrachos, graciosísimo, ligero, flúido, de naturalísima intención cómica; un número amplio del segundo acto, aun con el peso de una situación falsa, es notabilísimo de color y de finura de carácter madrileño que si se advierte en toda la partitura, se condensa en él y, por último, el dúo final, tan cálido, tan expresivo de frase, tan gallardo, tan bello de ritmo y de melodía, que en él se produjo ese fenómeno que solo se produce en las obras de Vives: una ovación acogió la frase central, la ahogó por completo; a duras penas se consiguió el silencio; nueva interrupción del público entusiasmado; se bisó el número entero, y aun los murmullos subrayaron la frase y otra repetición seguida de aplausos inacabables, de vivas y bravos y llamadas a escena.

Y esto representa doble triunfo, porque no todo el público se entregó desde el primer momento como merecía la labor del compositor: hubo resistencia, algún conato de protesta, contrarrestado por ovaciones, y en este ambiente de pasión, que nos evocaba los tiempos en que el teatro era lucha e interés, la obra del maestro Vives se fué imponiendo, hasta hacer total e indiscutible el triunfo.

Sélica Pérez Carpio y Pepe Romeu rayaron a tan gran altura como cantantes que como actores. Carmen Andrés, Marcén, Palacio, Navarro y Llorca trabajaron de modo excelente. El conjunto, en general, fué acertado.

Jorge de la CUEVA

—————

DE TEATROS

El maestro Vives triunfa rotundamente en "Los flamencos"

El anuncio de una nueva obra del maestro Amadeo Vives constituye siempre un motivo de comentario para el mundillo teatral, y desde que surge en los periódicos la primera noticia hasta que llega el momento del estreno va formándose el ambiente de franca expectación, cuya temperatura va elevándose según se acerca el momento del fallo definitivo. Ello es un hecho real, ello significa el alto concepto que ha sabido conquistar legítimamente el notable músico catalán; pero ello, al mismo tiempo, tal vez engendra una situación difícil y peligrosa para el propio maestro Vives, a virtud de ese estado emocional que se crea alrededor de sus producciones en la víspera de los estrenos. Una buena parte del público acude al teatro, en noches como la de ayer, con el afán de encontrar siempre el momento de superación en el autor de tantas obras aplaudidas, sin tener en cuenta que es casi imposible escribir todos los días—ni todos los años—partituras como «Doña Francisquita» ni como «La villana». Nos parece bien que se preparen con la importancia debida los preliminares del estreno; pero recapacítense sobre ello para no crear estados de opinión que, por exagerados, puedan resultar morbosos, y, por tanto, contraproducentes a los mismos fines que se persiguen.

Decimos esto en vista de lo que pudimos apreciar anoche en Apolo, donde una pequeña parte del público se mostraba reservado, intransigente, casi hostil, ante el estreno de «Los flamencos». Esa pequeña parte del auditorio—ni por un momento queremos suponer que no procedía honradamente en sus deseos—, a pesar de que estaba oyendo una partitura que a la inmensa mayoría parecía muy bien, ellos no se entregaban decididamente al éxito, porque no oían el número «bomba», el momento de superación que esperaban ante la expectación producida por los anuncios del estreno. Estimaba esa parte del público que aquello que presenciaba no era superior a las más eminentes páginas anteriores del mismo maestro. Y en ello tenían razón.

Afortunadamente para todos, surgió al final el número «bomba», el dúo culminante, y ya entonces hasta los más reacios se rindieron y estalló la ovación formidable, la interrupción de la representación y los vivas al maestro que escribía tan bellas páginas.

En nuestra opinión, los señores Romero y Fernández Shaw son los mejores libretistas de zarzuela que hoy tenemos.

En «Los flamencos» han procedido con la gran autocrítica de siempre, poniendo una vez más a demostración su fino gusto, su exquisita manera de hacer y la sabiduría gracia que los inspira. Porque el problema que se les había planteado era de grandes dificultades. El maestro Vives deseaba hacer una partitura de costumbres madrileñas y había que presentarle un libro que respondiera a tales circunstancias. Nada mejor que un sainete para el caso, pero tenía el grave in-

conveniente de una inmensa cantidad de obras del mismo género que están en la memoria de todos y que constituyeron época famosa de nuestro género lírico. Del empeño han salido brillantemente los señores Fernández Shaw y Romero, pues han construido un bello libro, honradamente trazado, que da excelentes situaciones al músico para que realice su propósito. Y el libro fue realizado sin reparo alguno y celebradas sus frases y situaciones cómicas con franca espontaneidad.

Y vengamos a la partitura. Es el maestro Vives el más grande de nuestros músicos dedicados al género zarzuelero. Con una cultura formidable y enamorado de su arte, del que posee y domina los más profundos secretos, siente como muchos una honda preocupación por exaltarle, refinando el gusto del público, tan estragado por exotismos fáciles y exagerados.

En su fervoroso anhelo de hacer labor digna, el eminente músico catalán se encierra en sí mismo meses y meses para venir ante el público una vez al año a darnos las mieles de su ingenio. Por eso su trabajo es siempre serio, lleno de dignidad, sin hacer indebidas concesiones al público, sino, por lo contrario, tratando de conducirlo por el buen camino, que es siempre el del buen gusto.

En «Los flamencos» ha hecho eso: una música de sainete, francamente popular, impregnada de motivos llenos de casticismo, de pura cepa, recogiendo melodías y ritmos adecuados al lugar de la acción; pero trabajados con su propia inspiración y ciencia musical, sin garulerías ni alharacas de chin-chin. Tal vez por eso, por emplear tan sinceros y artísticos procedimientos, una parte del público—pequeña, por fortuna—no acababa de entregarse enteramente.

Los ocho o diez números de que consta la partitura nos parecen deliciosos por su hermosa factura e inspiración. Hay en el primer acto dos cuartetos cómicos que son una preciosidad—el de los borrachos se repitió—; el pasodoble de la fiesta de la flor, en tiempo de seguidilla, está muy bien hecho, y el dúo de tiple y tenor, en el acto primero, dió lugar a que reiteradamente se presentara en escena el maestro Vives, y también fué repetido dicho dúo.

El acto segundo comienza con un número excelentemente construido, mezcla de manubrío, orquesta y canto flamenco; igualmente fué repetido el dúo coreado, siguiendo después un terceto, que en nuestra opinión es uno de los mejores de la partitura.

Y llegó el dúo final, de tiple y tenor—el dúo de los reproches—, que produjo la ovación más ensordecedora de la noche; dúo que fué interrumpido por el entusiasmo, que obligó al maestro Vives a presentarse una vez más en escena y que fué cantado por tres veces entre ardientes aplausos.

En cuanto a la interpretación, fué excelente. El peso de la partitura descansa sobre cantantes tan notables co-

mo Selca Pérez Carpio, Pepe Roméu y Trini Avelli, quienes fueron, además, excelentes actores; pero también estuvieron de modo admirable Marcén, Palacios, Carmen Andrés, Navarro y todos cuantos intervinieron en el reparto, que por cierto es muy numeroso.

El decorado, de Martínez Garí, muy entonado y de buen efecto.

El maestro Vives y los señores Romero y Fernández Shaw, en unión de

los intérpretes, salieron numerosas veces a escena a recibir los parabienes del numeroso público.

Con el triunfo de «Los flamencos» vuelve a instalarse en la que fué catedral del género chico el sainete de costumbres madrileñas, que tantas glorias dió al arte lírico.—Névez.

"La Esposa" 16 - XI - 1928.

VELADAS TEATRALES

APOLO.—Estreno del sainete original de los señores Romero y Fernández Shaw, con música del maestro Vives, titulado «Los flamencos»

«¿Pero has visto—deciale ayer, al salir de la representación de Apolo, a un amigo, cierto anonimo espectador que ocultar no sabía su enojo ni el ademán de su disgusto—, pero has visto con qué ganas le aplaude el público al maestro Vives en cuanto se produce el número que enciende el éxito?» Yo quisiera deshacer desde ahora mismo la sorpresa de cuantos se preguntan, como el espectador atudido, si en la predilección que el público madrileño evidencia para la música del maestro Vives no habrá un fondo de malicia dedicado a irritar las pasioncillas de los restantes músicos. Yo quisiera que todas esas personas echáranse a meditar sobre los efectos que en todo tiempo la música obtuvo sobre una multitud; yo quisiera, en fin, que ellos recordaran la sed espontánea de buena música que las multitudes siempre mostraron, y el calor, la prontitud, la sencillez con que la fama de los grandes compositores ascendió siempre al horizonte de la gloria. No necesitan, no, los públicos el auxilio espiritual del crítico, ni la asistencia del tiempo, para saber otorgar la palma del triunfo al músico de genial admirable, pues no hay arte que, mejor que la música, logre precipitar raudamente las dormidas intuiciones, convirtiéndolas en ideas, en sensaciones vibrantes, en sentimientos de sutil constancia. Si el público madrileño desea la música del maestro Vives, y la saborea con placer, y la aplaude con entusiasmo en cuanto halla ocasión de hacerlo, ¿no quiere esto decir que el maestro Vives sabe traducir magníficamente la inteligencia musical del pueblo madrileño?

Desde el primero al último acorde de «Los flamencos», la música nos parece una delicia que raras veces la suerte y la ocasión ofrendan. Magistral en cuanto a su factura, inspirada, en cuanto a su idea, y, en toda situación, marcada con el sello de un privilegiado talento, esa música va expresando serenamente los caracteres humanos que dibuja, las pasiones que subraya y la acción dramática que narra. Es música que canta y habla, promoviendo sus ideas correspondientes comentarios, conceptos y reflexiones en el ánimo de quien la escucha. Así, en el dúo del primer acto, entre un marido metido en juergas por el influjo de algunos flamencos, y su mujer, contristada por su abandono, pero venida de antemano por la fuerza de su amor, las palabras del cantable no fueran indispensables para distinguir la gracia que el marido emplea y la habilidad que él usa con el fin de disipar las nubecillas surgidas en la mente de la mujer celosa. Tímida, vacilante, corre la frase musical en un principio; aumenta poco a poco su audacia, apuntando la maliciosa melodía que se enseña entre el concierto espiritual; y la mujer, dominada, saca de su alma otra frase que la música retoge, y entonces, alegre y jaránera, del pecho del galán despreocupado salta la madrileña canción de amores triunfales. Así, en el número de los borrachos se descubre todo el humor del maestro Vives cuando contempla semejante cuadro en las reales escenas del vivir cotidiano; tal número es prodigio de buen humor y benigna ironía. Así, la escena de la juerga madrileña, difícilísima página musical cuya vida guardará Dios muchos años, pese a quien pese, en más de un programa de concierto. Así en todo, hasta llegar al dúo final, sencillo, elocuente, popular, modelo de bien decir, que fué aclamado por el público y cantado hasta tres veces, el maestro Vives nos describió musicalmente todas las incidencias de un sainete, y nos ofreció, inteligentemente captadas, las melodías que alientan en la gracia del pueblo de Madrid.

En cuanto al libro, de los señores Fernández Shaw y Romero, podemos afirmar, sin reserva mental alguna, que es modelo literario en el género. En claro romance han pintado ellos las íntimas escenas de un hogar perdido entre el pueblo; celos, disputas, amores hondos, reconciliaciones alegres y honradez de buena ley, esto le pedían antaño al sainetero los amantes de la costumbre popular, cuando no le pedían el duro y cruel destello de alguna tragedia. Los señores Romero y Fernández Shaw han visto el Madrid contemporáneo, y en su fondo reconocieron caracteres constantes, los caracteres del tiempo añejo. Los han transportado a la escena con su peculiar habilidad, con su proverbial dignidad literaria y su reconocido buen gusto. Y el sainete prosigue su historia...

Un aplauso rendido para la excelente cantante e inteligente actriz que es Selica Pérez Carpio; para ella fué ayer grande la admiración entre el público. Bien cantando, y un poco afectado diciendo, el señor Roméu. La señora Andrés, los señores Palacios, Navarro y Marcén, completaron con fortuna el reparto. Pero la señorita Avelli estuvo, en todo momento, inferior a su papel, y las segundas tiplés de Apolo vieronse tocadas siempre por la desgracia. En cuanto al segundo término de la interpretación, pudi-mos ayer creernos ante un sainete de 1850...

HIPOLITO FINAT



"Heraldo de Madrid" 16-XI-720.

"LOS FLAMENCOS" EN APOLO

Un gran éxito del maestro Vives

Amadeo Vives, el ilustre compositor, gloria de nuestra escena, lleva en su propio prestigio una ventaja y un inconveniente. Es la ventaja el entusiasmo de sus partidarios; entusiasmo más que por simpatía por convicción; por admiración sincera hacia su estilo, tan agradable y noble a la par. Es el inconveniente la misma fe ciega que esos partidarios tienen en la obra del maestro. Aguardan su estreno anual como efemérides de la temporada; llevados de su partidismo esperan las excelencias de la nueva producción y se sienten defraudados si Vives no se situó a la altura y con la importancia que ellos suponían. Quizá por esta causa los estrenos de Vives despiertan general expectación, y el público, que le juzga como quien es, se cree en el caso de ser exigente y de escatimar su aplauso, que con tanta prodigalidad otorga otras veces.

Por ser más difíciles son los triunfos de Vives más emocionantes, más sinceros, más apoteósicos. No se trata de un auditorio lleno de optimismo dispuesto a la benevolencia acogedora. Hay que convencer uno a uno a todos los espectadores, y así cuando la frase cálida, garbosa o sentimental logra transmitir a la sala la impalpable simpatía de la emoción, la reacción es brusca, la victoria rotunda y la aclamación unánime y espontánea.

Aunque en los programas y carteles se avisaba que la nueva obra de Romero y Fernández Shaw es un sainete lírico, el numeroso y selecto auditorio que anoche agotó las localidades de Apolo no quiso desde el principio atemperarse a las exigencias de la obra que iba a escuchar. Si algún número del primer acto, como el terceto de los borrachos, tan original, tan finamente cómico y tan bien interpretado por los Sres. Llorca, Cervera y Stein, determinó una ovación y hubo de repetirse, otros números se han tocado tres y cuatro veces con menor motivo; también el dúo y el pasacalle fueron bisados, mas no sin que algunos descontentadizos manifestasen una extemporánea impaciencia.

Sin embargo, el primer acto triunfó, contribuyendo a ello la ponderación del libro. Romero y Fernández Shaw han escrito el sainete que de ellos podía esperarse y que ellos debían escribir.

Ninguna reminiscencia de Arniches ni de otros maestros del género. Es su misma manera de hacer trasladada al ambiente de madrileñismo; comedia de tipos, limpia, clara, de conflicto fácil y humano; con tipos vistos en la realidad misma y teatralizados con mano maestra sin caer en la caricatura. Pepe Romeu, actor de tanta autoridad y de tan claro talento dramático, en unión de Séllica Pérez Carpio, dió brío a la parte musical y se hizo aplaudir en un parlamento, como ella en un mutis.

El segundo acto es empeño más ingrato para los libretistas. Un merendero de la Bombilla; escena dividida; diálogo distribuido por grupos; labor de conjunto y de detalle, verdadero alarde tratándose de una obra lírica. Y la justeza que domina en todo el libro culmina en el desenlace sobrio y emocionante en su naturalidad y maravillosamente interpretado por Antonio Palacios. El diálogo, todo él en verso, está exento de retruécanos, sin que por ello falten timos madrileños, frases ingeniosas, réplicas rápidas y el gracejo de nuestro pueblo, de tanta agilidad mental y de tan intuitiva gracia.

Pasajes recios, como el que dijo de modo magistral Carmen Andrés, verdadera emperatriz del sainete, son dignos del limpio y brillante historial de Romero y Fernández Shaw, que suman un nuevo éxito con la obra de anoche.

El segundo acto se inicia musicalmente con un precioso número del cual el público no se dió total cuenta; se mezclan en él un ritmo a la moda y un tema de flamenco, y la orquesta borda arabescos alrededor de la melodía de una pianola, como otras veces ésta hace flotar sobre las sonoridades orquestales el repiqueteo de sus glisados y de sus diseños característicos. Después, un número dialogado y concertante de Carmen Andrés, Jesús Navarro, un camarero y unas chicas, de muy acertada melodía y trabajada factura, fué repetido.

Sigue un terceto y una romanza, y casi al final de la obra llega el número «bomba». Es un dúo serio, casi dramático, de tiple y tenor. Frases exaltadas en recitado dramático como preparación, y luego una melodía de las excepcionales; de esas frases de Vives, tan rítmicas, tan sugestivas, que parecen habladas; pero habladas con honda emoción, con todo el cortejo pasional y emotivo que a la palabra proporciona la música. Desde que Pepe Romeu la inició, en la sala se hizo ese silencio característico de los grandes momentos; la frase la recoge la tiple, y luego, después de un casi parlante de tenor, no exento de emoción, vuelve a aparecer en labios de la tiple con maja marchosería. El público no aguardó a la conclusión del número. La ovación estalló clamorosa; se encendió la luz; salió Vives; hubo sus correspondientes gritos de entusiasmo. Y el dúo se cantó otra vez y otra vez, y el estreno terminó en triunfo brillantísimo.

Hagamos honor a la partitura de Vives reconociendo que toda ella tuvo importancia y nivel artístico. Para abordar ese estilo ligero—música de «scherzo» con sabor clásico unas veces, con sonoridades modernas otras, con rancio abolengo a lo Barbieri, a lo Jiménez o a lo Chapí en algunas—se requiere no sólo ser un músico de temperamento sino un



Los autores de «Los flamencos».

compositor culto, competentísimo y refinado como es Amadeo Vives. La fina comicidad y alegría; la unidad de estilo contrapuntístico en su mayoría que domina en toda la obra y la instrumentación bella y delicada, son cualidades que pregonan una vez más el talento y flexibilidad del insigne músico.

La interpretación ofrecía serios escollos. Un reparto muy numeroso con todos los papeles comprometidos, aun los de intervención breve.

La tesitura de la mayoría de los números es muy aguda y sólo cantantes de las dotes vocales de Séllica Pérez Carpio y de Pepito Romeu—triple excelentísima la una, divo de primera magnitud el otro—pueden triunfar tan plena y sencillamente.

Trini Aveli, con su simpático casticismo y frivolidad atrayente; Carmen Andrés, llena de autoridad y de arte; Jesús Navarro, componiendo muy bien un tipo complejo; Eduardo Marcén, que destacó en primerísimo plano un personaje casi episódico con su fina gracia de verdadero primer actor; Antonio Palacios en un tenor como al que dió prestancia de galán.

Y las señoras y señoritas Villagrasa, Paso, Perales, Palacios y Coronado, y los señores Cumbreiras, Amengual, Cervera, Gallegos, Llovera, Montegudo, Vega y Stein fueron los más importantes elementos de un conjunto muy meritorio.

El decorado, de Martínez Garí, muy adecuado, y la postura escénica, llena de aciertos.

El maestro Fuentes dirigió la orquesta y participó de los aplausos.

JOSE FORNS

“La Libertad” 17-XI-928.

COPLAS DEL DIA

“Los flamencos”

¡Música, melodía,
no sonsonete!...
¡Del pueblo y para el pueblo!...
¡Viva el sainete!

¡La tradición, la casta
y el nervio hispano!...
¡La alta emoción que emerge
de lo que es llano!...

¡Subrayado sonoro
de las ideas!...
¡Amor, celos, afanes,
hechos corcheas!...

¡Y una gracia infinita,
ritmo y jaleo,
alegrando las almas!...
¡Viva Amadeo!

Maestro que las huellas,
con tus demoles,
sigues de los maestros
más españoles:

¡Vives, que sobrevives
a los que han muerto
(¡Gloria a Joaquín Romualdo
y a don Ruperto!);

«personati en tus obras
(y oírlos basta),
eres tú, y eres ellos!...
¡Viva la casta!

¡Qué alegría! ¡En el fondo
soy un pillete,
y mi atavismo baila
si oye un sainete!...

Anteayer, Amadeo,
mientras oía
la «música» que has hecho,
ganás sentía

de, echando por ti un batle,
trenzar mi pierna
con aquellos tres curdas
de la taberna.

«Los flamencos» he visto
con mi billete...
¡Vivan letras y notas!..
¡Viva el sainete!

LUIS DE TAPIA

"La voz" 16 - XI - 1928.

INFORMACION TEATRAL

ESTRENO EN APOLO DE "LOS FLAMENCOS", DEL MAESTRO AMADEO VIVES

Es justificado que una nueva obra del maestro Vives produzca expectación. Vives es entre nuestros músicos de zarzuela el que disfruta de mayor fama y prestigio; fama y prestigio conseguidos merced a los aciertos que ha desparrramado en su larga y abundante labor de músico de alta solvencia popular. Para el compositor debe ser motivo de orgullo que el público, cuando se dispone a escucharle, guarde la actitud del que pretende encontrar la supe-

ánimo. En Los flamencos ha preferido el melodismo fragmentario, quebrado en pequeños trozos, que se recoge en cadencias, en fórmulas gratas a nuestros músicos de zarzuela de principios de siglo o últimos del pasado. También, y ello es probablemente voluntario, la orquesta se mantiene dentro de unos tonos suaves, grises, apagados. Rehuir el brillo excesivo que sólo proporcionan los trombones y el metal, para acogerse a la cuer-

ceso, pero graciosos, al compás de la música. En el segundo acto hay una página de grato color de ambiente: la Bombilla, con sus pianillos y sus juergas, mientras una castiza baila y otras cantan un tango cañí. Todos estos elementos están hábilmente concertados.

El libro muestra la pericia teatral de los señores Romero y Fernández Shaw. El viejo tema, viejo entre nosotros desde que hay saizete, y puede que desde antes, de la gente de trabajo, los castizos, los chulos, con sus frases rebuscadas poco espontáneas; los malos, los buenos y los regulares; los abusos y los prodigos; los infelices y los que no lo son; la tasca, el mandilillo de rayas, el vino y la juerga; el chulillo que pretende ser torero, y los amigos sinvergüenzas; las malas compañías que le incitan y viven a costa de sus debilidades, y luego el amor de una hembra de pro que lo conduce por buen camino. Triunfo del verdadero cariño, del hogar, etc. Todo ello bien conformado y dicho frecuentemente en fácil romance.

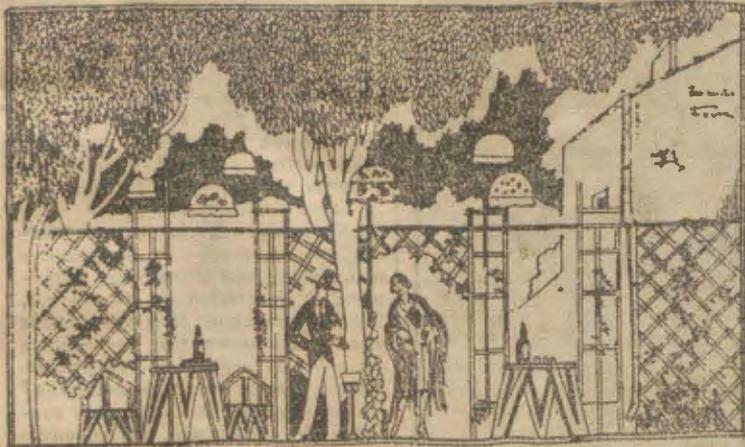
Los autores salieron al final de todos los actos al palco escénico, y el maestro Vives, para quien fueron los mejores votos, surgió de entre bastidores también al final de algunas escenas.

La compañía de Apolo se mostró llena de entusiasmo; todos lo hicieron bien y fueron dignos de premio; primero, la señorita Pé-

rez Carpio, de quien ya hablamos; después el Sr. Roméu, que cantó emocionado; las señoras Andrés, Avelli y los señores Navarro, Marcén, Cumbreras merecieron, con el resto de sus compañeros, los aplausos que se les tributaron. Palacios se portó como buen actor.

La presentación escénica, muy decorosa.

J. DEL B.



LA ESCENA DE LAS FLORES EN LA OBRA "LOS FLAMENCOS", ESTRENADA AYER NOCHE EN APOLO

ración de lo habitual. Su defraudación pueda así ser ocasionada no por la torpeza de la obra, sino porque los méritos de ella sean inferiores a lo que de su autor era de razón atender. Forma ésta también de admiración.

El público que ayer asistió al estreno de Los flamencos mostraba, oreo yo, los mejores deseos y respetos para el maestro Vives. Los pequeños ruidos y ruidos "pedestres" con que ciertos números acogieran unos cuantos, poniendo un poco de acibar en las mieles del aplauso que enviaban los otros, no cuentan gran cosa y significaban, probablemente, más que desaprobación, débil valla que oponer al desbordamiento entusiasta de los incondicionales. La certidumbre de esto lo atestiguan que en el par de números que no se aplaudieron nadie se atrevió, ni quiso, levantar una sola protesta.

Vives no se ha mostrado muy pródigo, por esta vez, en derrochar los donaires, salsas y picardías de su graciosa y popular música, que se envuelve y atavía con los mantones, capas, cintas o serpentinas de unas melodías que fluyen, que siguen derechas, garbosos, continuas y fáciles hasta el

da y madera, nos parece de buen gusto. Es quizá no otorgar concesiones, con lo que acaso pueda salir ganando la música que educa los apetitos populares. Los entusiasmos, un tanto contenidos, de los espectadores, desbordáronse en el dúo del segundo acto, estallaron ante una corta frasecita melódica, llena del mejor aire y abo-lengo de nuestros mayores casti-

zos. Sin rebozos la gente se entregó a esta frase que, ciertamente, dijo con mucha pasión y picardía la señorita Selica Pérez Carpio. De tal modo gustó este trocito y la actuación de la tiple en él, que la gente, no contenta con oírlo sólo tres veces, pedía, fenómeno insólito y de difícil arreglo en el instante, que el dúo lo dijera "sola" la señorita Pérez Carpio. "¡Sola, sola!", clamaban las voces que del alborotado gallinero descendían. ¡Un dúo cantado por

una sola! ¡Ya es entusiasmo! "Cosas oíredas..."

La mayor parte de los trozos de la obra fueron bisados, como anteriormente apuntamos: un dúo del primer acto, un terceto cómico de tres borrachos, bailarines con ex-

"El Liberal" 17-XI-728.

RUN-RUN

"DE TODOS MODOS, QUE LE DEN LAS GRACIAS"

El estimado compañero Antonio de la Villa dedica su interesante crítica-reseña de «Los flamencos» a D. Roberto Castrovido. Tres columnas y media. Muy suelta, muy grácil, para que el gran periodista y madrileñista impenitente se enterase de un estreno al que no había podido asistir, según dijo por la tarde, el propio D. Roberto al cronista, por no encontrar localidades.

Realmente, que se estrene un sainete y que no pueda concurrir al estreno Castrovido es, desde luego, una omisión sin disculpa: de los autores, que se olvidaron de invitarle; del empresario, que no ha pensado en él; del taquillero, que no le ha esperado... Castrovido, entusiasta defensor del teatro, es la mayor gala del estreno de un sainete, y ha hecho bien Antonio de la Villa en escribir, no una simple crónica periodística, sino una carta al maestro dándole detalles, pintando con los más simpáticos matices la gracia inimitable de Vives.

Decimos que hizo bien el compañero A. de la Villa, porque esas cosas, aparte de su sinceridad, son siempre periodísticas.

¿Pero sabéis lo que dijo ayer por la mañana D. Roberto cuando leo la crónica del periodista amigo? Pues algo semejante a esto: «¡Qué bueno es Antonio!... ¡Bravo! ¡Viva Antonio! A ver... ¡Que vayan a darle las gracias en seguida! Ahora, que todo lo que me cuenta ya lo he visto y he oído yo desde un rinconcito, al lado de mi hijo, allá por la fila última, debajo de los anfiteatros, donde no nos descubrió nadie, afortunadamente. ¡Iba yo a quedarme sin aplaudir a Vives! ¡Pero que le den las gracias a Antonio! De todos modos, se ha enterado así del estreno el resto de mi familia, porque yo hablando cuento las cosas muy mal... ¡Qué le den las gracias! ¡En seguida! ¡En seguida!»

COMENTARIOS

EL FLAMENCO Y EL SAINETE

¡Aún hay flamencos en Madrid! Esta admirativa afirmación me recuerda la letrilla de Bretón de los Herreros "¡Aún hay brujas en España!" Y si en España hay brujas todavía, ¿qué mucho que haya todavía flamencos en Madrid? Han cambiado de nombre: gallitos de barrio, marchosos, castizos, postineros, castigadores, etcétera, etc., y han mudado de facha, de vestimenta, de vitola, de etiqueta. Ya no se peinan *p'alante*, con tufos y *persianas*, ni llevan gorrilla de seda, sombrero ancho cordobés y menos bombín, ni se dejan un lunar peludo salva sea la parte, ni se atan al cuello un pañolito de seda, ni se apoyan en roten, ni fuman puro, ni escupen por el colmillo, ni usan el pantalón ceñido y abotinado; pero aunque fumen egipcios y vistan pantalón *chanchullo* y se afeiten todos los días sin dejarse ni bigotillo Charlot, y gusten más del fútbol que de los toros, y en vez de capa lleven trinchera, son tan flamencos como sus antecesores, que a su vez fueron tan majos de rumbo como sus abuelos, y tan valentones como sus antepasados, satirizados por Cervantes. Porque el flamenco es el bravucón de espátula y gregüesco, cual el fresco es el pícaro de esportilla.

Subsista el tipo. Hay flamencos; pero no hay, en buena hora lo digamos, *flamenquismo*. Esta enfermedad social fué aguda en el reinado de Alfonso XII. Señores, nobles, señoritingos y personajes llevaban en los labios una copla de Juan Breva, codiciaban el trato con toreros y gustaban de vestir a lo chulapón. Se hablaba entonces de flamencomanía y se declamaba en el púlpito, en la Prensa y en la Academia de Jurisprudencia contra el flamenquismo, al que se atribuían crímenes de resonancia.

Fué una derivación de los aristócratas, petimetres y currutacos satirizados por Jovellanos y llevados a las tablas escénicas por Ramón de la Cruz. Una diferencia muy esencial había de la época del flamenquismo a la de la majezza. En el tiempo de María Luisa y Godoy abundaron las duquesas, las señoras y las damiselas que se pirraban por un baile de candil y alternaban con la plebe, y en el primer período de la restauración eran raras tamañas excentricidades.

Así ahora. Hay todavía flamencos, no flamencas. La mujer, no obstante su fama de tradicionalista y conservadora, progresa más que el hombre.

Lo ha dicho el ilustre profesor Jiménez de Asúa, y por esas calles vemos, por distraídos que seamos, cuánta razón tiene el maestro. Las mujeres van solas a su

trabajo: a la Universidad, al taller, a la oficina, a la fábrica, al Instituto, a la Residencia, a los grandes almacenes. No marchan como flamencas buscando el piropro, desafiando a los hombres; marchan por su camino ágiles, esbeltas, graciosas, bellas, y todavía encuentran al flamenco, al moscón, al ganso que, generalmente sin gracia, les corta el paso, les habla sin presentación previa y les echa una flor, cuando no les dice una desvergüenza, y las sigue, las molesta, las acosa, creyendo el muy tal cumplir un deber patriótico y quedándose muy terne y orgulloso al rematar la suerte mirando al público, como pidiéndole una palmada. Un puntapié es lo que se merecen estos flamencos, inferiores en el nivel moral e intelectual a las mujeres decentes.

No es una copia de copias el sainete *Los flamencos*. El tipo existe todavía; pero se viste de otro modo y usa distinto lenguaje y vive en un ambiente más hostil que favorable.

Antaño el conde, el duque, el marquesito, el ministro, el alto funcionario, el letrado, el militar, el señorito de buena familia, se achulaban a veces no sólo en apariencia; y hoy los que forman la chusma se esfuerzan en vestir y en hablar como señores. No se da el caso de que a un duque se le diga el flamenco, el chulo, por remoquete, y es frecuente leer que a un carterista lo apodan el señorito.

Se echa de ver con mucha claridad esta transformación en los toreros, y conste que al presentarlos como ejemplo no es porque los considere formando parte de la chusma. Todo lo contrario. Si los cito es porque ocultan la coleta, destierran el calañés, el castoreño y el paveró, no usan faja de colorines y visten como señores y como tales se conducen; lo contrario precisamente del proceder de otras clases en tiempos del flamenquismo.

El sainete como género me gusta mucho. Tienen razón mis buenos amigos Antonio de la Villa, Arturo Mori y Leopoldo Bejarano. Rejuvenécenme. Estos días, con el estreno de *Los flamencos*, la reposición por el gran Morano de *O locura o santidad*, y con venir hinchadas de elogios las columnas de la Prensa hacia un nombre para mí inolvidable y para cuantos de materias colerantes a partir de estos días, mediante la edición descubierta que además fabricaban amplios negocios, porque se ha no finto que necesitaban para sus con frecuencia las cantidades de vi-
Con todo, no debían de encontrar luego protestaba.
era aceptar letras de cambio, que Real). Uno de sus procedimientos (Carnes
legno de Manzanares (Carnes

lo superrealista, viene el sainete. Es infalible. Sin las tragedias neoclásicas no tendríamos *Las castañeras picadas*, y sin los dramas de Echegaray no nos hubiéramos deleitado con *Pepa la frescachona*. Hay que hacer más teatro del que llaman moderno para que aparezca como una novedad el viejo sainete.

Y como no he dicho nada del Barbieri catalán, del insigne Amadeo Vives, y el silencio pudiera tomarse a desvío, diré que me caí, porque no quiero desarrollar en mala prosa la idea que Luis de Tapia ha desenvuelto en graciosos, jacarandosos versos.

ROBERTO CASTROVIDO

"La voz" - 21-XI-
928.

"El Solista" (Barcelona) 16-XI-1928

Triunfo del maestro Vives

Madrid, 16.

En el teatro Apolo, con un lleno imponente y ante una gran expectación, se estrenó esta noche la zarzuela de dos actos "Los flamencos", original la letra, de los señores Romero y Fernández Shaw y la música del maestro Vives.

El primer acto se deslizó en su primera parte sin grandes emociones, pero medado fué repetido un número y al final salieron los autores a escena, destacándose más entusiastas los aplausos para el maestro Vives.

En el segundo acto no todos los números fueron bien recibidos, aunque siempre en muestras de respeto, pero en un dúo del tenor Romeu y Sérica Carpio el público, puesto en pie, tribuló al maestro Vives una de las más estruendosas ovaciones de su carrera artística, sacándole los actores a escena y terminando la obra con un verdadero triunfo. El dúo se repitió hasta tres veces, destacándose en progresión ascendente el entusiasmo de la concurrencia que llenaba esta noche el coliseo de Apolo.

"El Pueblo Vasco" (San Sebastián)

16-XI-1928.

GRAN EXITO DE "LOS FLAMENCOS"

En el teatro Apolo tuvo lugar esta noche el estreno del sainete lírico, original de los señores Romero y Fernández Shaw, música del maestro Vives, titulado "Los Flamencos".

La obra era esperada con gran expectación, por tratarse de unos libretistas autores de infinidad de excelentes obras y de un músico como el maestro Vives.

"Los Flamencos" alcanzó un extraordinario éxito, como lo prueba que los autores salieran al final de todos los actos, y que en el curso de ellos se les hiciera también salir reiteradas veces.

El maestro Vives salió cuatro veces a escena, al final de un dúo que entusiasmo al público.

El mejor número musical, indudablemente, es uno descriptivo del ambiente popular de La Bombilla en "Casa Juan", que tiene efectos de piano-la eléctrica difícilísimos de lograr. Este número, a pesar de ser el mejor de la obra y aun gustando mucho al público, no gustó tanto como otros.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

El sainete de Vives

No es "La Verbena de la Paloma" porque falta la armonía de letra y música, la unidad de la partitura y por todas las razones que no es necesario especificar en Barcelona, porque el mejor crítico del sainete lírico de Ricardo de la Vega y Tomás Bretón fué José Izart.

Vives, autor de óperas dramáticas y cómicas, de operetas, de zarzuelas y de zarzuelitas o juguetes líricos, necesitaba para completar su glorioso guardajoyas, relicario y tesoro catedralicio, un sainete, y lo tiene: la partitura sainelesca de "Los Flamencos" es una alhaja de muchos quilates, de cambiantes luminosos y, a veces, deslumbradores. Por la técnica y la instrumentación vale más este sainete en su parte lírica que otros consagrados por la fama.

Hay gracia en el terceto de los borrachos y hay rasgos caricaturescos dignos de Bagaria en el "charleston" que se baila uno de ellos. El cuarteto cómico de los que podemos llamar los amigos de Melquiades y el chico de la taberna es fácil sin ser chapacano. En el segundo acto crece el mérito de la partitura. No sólo es digno de aplauso lo que se aplaudió a rabiar, oyéndolo tres veces, el gran dúo, con una frase y una jugareta instrumental que levanta de su asiento a los espectadores y los hace gritar cual si se hubiesen vuelto locos; no para enloquecer, sí para admirar y aplaudir es el concertante del baile importado de América, de la tocata de la pianola y del tango gitano, y el terceto de tiples y tenor cómico, que no sé por qué no lo hicieron repetir, y el coro de segundas tiples, con la característica y el bajo y tenor cómicos, que sí se aplaudió, aunque menos de lo merecido.

No se crea, por mi puntual relación de lo ocurrido, que el maestro tuvo el santo de espaldas y al público de uñas, antes considero que la frialdad excesiva fué efecto paradójico de la caudosa confianza en Vives. Se le dejaba de aplaudir números buenos y hasta bonísimos por esperarse de él todavía más; por creerle, y no sin razón, capacitado para superarse a sí mismo. Que el público admira y quiere a Vives lo demostró saliéndose a sí mismo en inundación de entusiasmo, de admiración, de ternura al oír a Selica Pérez Carpio la frase inspiradísima del dúo.

La partitura tiene una excelencia fundamental: la de estar apoyada en el ritmo popular, gracioso, desenvuelto, madrileñísimo de la seguidilla. Sí, sopla, como si fuese un instrumento más, el airecillo sutil del Guadarrama, que no apaga un candil, por esta partitura que a veces ilumina el sol de Castilla.

Creo que en noches sucesivas se aplaudirá los números que en la noche del estreno fueron oídos en silen-

cio. Esto aconteció en el mismo teatro de Apolo con el sainete que tengo por genuinamente madrileño, el más alegre y típico, el titulado "El señor Luis el Tumbón o despacho de huevos frescos".

¡Qué sainete! Sus autores son los mejores del género: Ricardo de la Vega y Francisco Asenjo Barbieri, el maestro Seguidilla.

Vives, que siempre dice algo; que tiene en la sesera mucho más que fusas y semifusas, corebeas y contrapuntos, ha dicho cosas muy dignas de estudio en esas cámaras de tortura, antecámaras del estreno, que abren los periódicos a los autores. Ese minuto de sandía verbórea no ha sido tal, sino discreta exposición de ideas en el señor Vives, que piensa, lee y escribe como hombre de talento, que es además de artista. En la charla que ha tenido con Abraham Polanco ha emitido un juicio sobre la manera que tenía Goya de ver Madrid que, al chocar con el prejuicio que todos tenemos, me ha suspendido el ánimo en meditaciones.

De Chueca ha dicho algo que me ha sorprendido primero; mas, al tararear el dúo de los paraguas y el vals del Caballero de Gracia, me ha obligado a asentir. Si hay algo de parisién en esas canciones, Chueca no imitaba, no sabía de eso, no había estado en París, y, sin embargo, tiene razón Vives. ¿No estará la explicación en el madrileñismo de Chueca? Se dan un aire, que es fácil llevar al pentagrama, los nacidos o aposentados mucho tiempo en capitales: parisienses, londinenses, vieneses, lisboetas, madrileños, romanos.

Otra sugerencia. Quien piensa, hace pensar. He aquí el valor de Vives sin batuta, es decir, como literato, que lo es, aunque se crea un simple aficionado. Muestra su admiración por Barbieri en esa y en otras charlas y, lo que es todavía mejor, en "Los Flamencos" y en "Doña Francisquita".

La escena del Carnaval en esa zarzuela es un magnífico sainete, mejor, en cuanto tal sainete, que "Los Flamencos" con sus dos actos.

Esos jóvenes libretistas Romero y Shaw valen mucho. Su adaptación de "La discreta enamorada" es una maravilla de talento, de ingenio, de meditación concienzuda, de estudio de Lope y del año de 1810, de habilidad teatral.

En "La Villana" no estuvieron tan felices. No les perdono aquel juicio que disculpa degollinas, saqueos y expulsiones.

En "Los Flamencos" han hecho con lances, ambiente y tipos demasiado conocidos un sainete en el cual sólo hay una novedad: la limpieza literaria, la literaria forma del diálogo y de los cantables. Lo más viejo es lo más nuevo porque del teatro se ha

ido desterrando la literatura y hasta la gramática.

Hay aciertos en el diálogo y no hay chabacanerías; hay ingenio en ciertas salidas muy a tono con el personaje y la situación, y no hay chistes preparados, ni retruécanos, ni ridículas contorsiones del idioma.

Dos tipos tiene realidad, están vivos en la vida y transportados con arte al teatro: la suegra de "Ventura", la tabernera y cocinera "Marta", que de seguro ha nacido en Galicia, como casi todas estas buenas mujeres que aquí conoció Luján, y el chico de la taberna, "El Niño de la Bolita", un poco despiñado en el segundo acto.

Novedad sainelesca es el coro de postulantes de la flor — esa fiesta es un sainete — y defecto fundamental el recordar, más que a Vega, al señor Arniches, autor de un buen sainete, "El santo de la Isidra", y de otro mediano, "La fiesta de San Antón", y de multitud de farsas grotescas con varios personajes y algún cuadro aseñetado, pero el mayor corruptor del género.

No niego, antes proclamo el mérito de Arniches en la creación de situaciones cómicas y en el buen artificio estructural de sus obras. "La señorita de Trevelez" y "¡Es mi hombre!" me parecen dos obras notabilísimas, pero me indigna leer en todos los periódicos esta frase hecha: "el ilustre sainetero don Carlos Arniches".

¡Qué ha de ser sainetero! Es el más ilustre corruptor del sainete.

Aún tiene otro mayor defecto "Los Flamencos". No es madrileño. Su música es muchísima más madrileña que su letra. Esos flamencos lo mismo, con sólo cecear un poco, pueden darse en las riberas del Guadalquivir que en los Cuatro Caminos y en la Florida.

Aun gustándome menos la letra que la música, elogio y hasta agradezco el empeño de los señores Romero, Shaw y Vives en resucitar el sainete, género muy de mi predilección, más grande a veces en su pequenez que truculentas tragedias y serios dramas en muchos actos y en versos sonoros o en cadenciosa prosa. Ramón de la Cruz vive como un rosa en un cementerio y los sainetes de Ricardo de la Vega superan en mérito a los géneros mayores cultivados en aquella época por dramaturgos y comediógrafos que negaron un sillón en la Academia al sainetero más inmortal de veras que aquellos inmortales de estrado, tienda de antigüedades o guardarropía.

Me gusta mucho el sainete, como dice Antonio de la Villa, a quien agradezco en el alma su oferta de butaca y su regalo en "La Libertad" de la crónica de "Los Flamencos", a cuyo estreno pude, al fin, asistir porque mi hijo encontró y compró a última hora dos butacas de la penúltima fila.

Hago esta declaración de índole privada por dos motivos: uno periodístico, otro amistoso; el primero en derecho a demostrar que vi y oí lo que doy por visto y oído en este ar-



Pregon de Talía

"¡Mimí-"
 "¡Loló!"
 "¡Tú!"
 "¡Sí, yo!"
 "¡Fufú!"
 "¡Nené!"

"¡Cuánto tiempo sin vernos, chicas! ¿Qué tal?"
 (Y beso va y viene beso, se saludan las amigas en un The Room muy moderno.)
 "¿Qué quieren tomar ustedes?"
 —interviene un camarero—
 (Se miran las cuatro niñas: cuatro té, todos completos.)
 Allí se habla de todo: la moda, el "cine", el paseo, los pollos que están por unas, las otras que están por ellos, los ellos que ni las miran al volver del veraneo...
 ¡Igual que todos los días en "La Granja", "Molinero"...
 (En esto irrumpe ante ellas un muchacho grave y serio.)
 "¡Ernesto!, ¿de dónde vienes?"
 "¿Qué fué de tu vida, Ernesto?"
 "Tienes ojos de cansado".
 "¡Como estoy siempre de estrenos!..."
 "¡Por fin te compras el auto!"
 (Unas se arreglan el pelo, sonríen otras..., ¡qué chico! trabaja..., es guapo (?)... y muy bueno.)
 "En el estreno de "Apolo"; no tengo tanto dinero..."
 "¡Ya!, vamos: en el teatro!..."
 (Cesaron los aspavientos; es buen chico..., pero soso.)
 "Estuve a ver "Los flamencos".
 "¿Es un drama, una comedia?"
 "Un sainete madrileño de pura cepa, precioso. Otra noche estuve viendo "Raquel", en "Lara"; en "Fontalba", una obra del maestro de los poetas: Marquina;

E L T E

"La dueña del mundo"...
 "Espero

que no vendrás a contarnos todos estos argumentos".
 ¿Por qué no? ¡Si hubierais visto el nuevo grandioso éxito que ha alcanzado Benavente con "Pepa Doncel!"...

"Yo creo que mejor es que nos digas a qué vienes."

"Sin rodeos."
 "A contar que Suárez Deza, con un "Llovida del cielo" y con "Te quiero, te adoro", alcanzó triunfos muy buenos en el "Beatriz" y en "Eslava"; a contar..."

"¡Y va de cuentos!"
 "que Pepita Díaz de Artigas, como siempre, es un portento en "Mi hermana Genoveva"..."
 "¡Que te calles!"

"¡Que no quiero! que "El último lord..."

"Que "El millón..." "¡Qué lata!"

"Que en "La Princesa..." "¡Que eres un hueso!"

poner nerviosa?" "¿Me quieres

oírle." "No puedo

"Que "Los Guzlares"..." "¡Por Dios, me va a dar el vértigo!"...

"¡Me va a sentar mal el té!" "¡Pero, chicas! No os comprendo."

"¡Vaya un tipo!" "¡Qué pelmazo!"
 (Hacen mutis.) "¿Qué habré hecho?"

.....
 "¿Va a pagar el señorito estos cuatro té completos?
 (El galán paga... y medita.)
 "¡Mimí! ¡Loló!... ¡¡Qué remedio!!"

«Bambalina»

"El Cantábrico" (Santander) 8 diciembre 1928.

Teatros y Salones.

Teatro Pareda.

"LOS FLAMENCOS"

Es el último estreno que nos ofrece la compañía Herrero-Pulido.

Tal vez por aquello de que "los últimos serán los primeros", ha sido el primero en categoría y en éxito franco, ruidoso y merecido.

A semejanza de la gran Toledo, todo júbilo era anoche en el Teatro Pareda.

¡Ya era hora! El ya famoso sainete lírico de los notables y afortunados libretistas, señores Romero y Fernández Shaw, con música del ilustre maestro Vives obtuvo ayer en Santander la confirmación plena del triunfo alcanzado en Madrid recientemente.

A los pocos momentos de alzarse la cortina, experimentamos la sensación de hallarnos en presencia de algo "consistente", y aunque los morenos andaban un tanto reservados, cual corresponde a la tradición de los públicos norteños, y no estaban dispuestos a entregarse a las primeras de cambio, bien pronto fueron dominados por el interés y las bellezas de la obra, y no tardó mucho tiempo en estallar, unánime, ruidosa y espontánea, la primera ovación de la noche. Desde este momento, como quiera que la producción iba ofreciendo constantemente nuevos motivos de regocijo, de deleite y de aplauso, el entusiasmo fué en crescendo, todo marchó ya como sobre rielas, y la jornada fué absolutamente triunfal para autores e intérpretes.

Aunque sea faltando a la costumbre establecida, vamos a reflejar desordenadamente nuestras impresiones acerca de "Los flamencos", y en ellas transcribiremos por grados, de mayor a

menor, el juicio que nos merecen las muchas cosas buenas que contiene la obra estrenada.

Y sea nuestro primer elogio caluroso y entusiástico para dos páginas musicales de incalculable valor: los dos dúos de tiple y tenor, uno en el primer acto y otro en el segundo. Aunque no hubiese otra cosa digna de mención, bien merecían esas dos lindísimas composiciones aludidas la molestia de salir de casa para ir al teatro, y el requisito, no menos molesto, de abonar el importe de la localidad. Sin perder su necesario y adecuado casticismo—no hay que olvidar que se trata de un sainete madrileño—, ambos dúos abundos son dos piezas definitivamente admirables: ágil, gracioso, movido, inspiradísimo el primero; más "denso", solemne y vigoroso el segundo, son, sin duda, los momentos líricos de más alto valor de toda la partitura. Si a ello se añade que fueron cantados por Felisa Herrero y Delfín Pulido, y que la batuta estaba en manos del maestro Acevedo, a nadie le podrá extrañar que las palmas hicieran humo.

Otro de los números más salientes es un terceto de borrachos, en que el maestro Vives ha desarrollado ingenio y aliteraciones. ¡Lástima grande que en la práctica no pueda ser jamás interpretado por tres grandes "primeros actores cómicos" que fuesen a la vez tres grandes cantantes, para obtener el máximo lucimiento! Pero, en fin, no hablemos de cosas imposibles, y consiguémoslo con satisfacción y justicia que los señores Ramírez, Seva y Angulo estuvieran acertados y discretos, sobresaliendo el primero, tanto en la acción como en la composición del tipo.

También es primoroso por todos conceptos un quinteto del primer acto, que dieron muy bien Jacinta de la Vega y los señores Gandía Redondo del Castillo, Guillot y Hernández. En cambio, no obstante su indudable valor musical y no escasa inspiración, pesa bastante por sus exageradas proporciones y por lo injustificado e indefinido de la situación, el número que podríamos denominar, a falta de título exacto en este momento, "terceto coreado por las verbeneras" del acto segundo.

Todos los demás, sin excepción, son hermosos e inspirados, tratados instrumentalmente con inimitable maestría, y muchos de ellos fueron repetidos entre ruidosas ovaciones.

El libro es de lo mejor que han producido las celebradas plumas de los autores de "Doña Francisquita"; sainete típico, castizo, con interés siempre, con gracia a ratos, honrado, movido y vistoso, sirve a maravilla para hacer vibrar a los públicos que se sienten abrumados por las eternas vulgaridades que se le ofrecen a diario. No han creado tipos nuevos ni personajes pintorescos; pero con los ya conocidos, serios los unos, presentados los otros en leve caricatura sin dislocaciones, con los eternos elementos pasionales que se ponen en juego en el sainete popular desde don Ramón de la Cruz hasta nuestros días, pasando por Ricardo de la Vega y José López Silva, la postinería, los celos, la majeza y el tenonismo de barrios bajos, han sabido construir una obra teatral de no escasos méritos, honrada, agradable, limpia, interesante, que todos los españoles verán con deleite y aplaudirán con calor.

Es una verdadera compasión que hayan perdido tanto tiempo en escribir

en verso una obra destinada a artistas de zarzuela, pues si actualmente no saben decirlo quienes tienen relativa obligación de hacerlo bien, ¿qué se les puede pedir a los que dedican sus actividades escénicas a otros menesteres?

La interpretación fué excelente por parte de todos, no obstante las grandes dificultades de la obra y el escaso tiempo en que se ha montado. Felisa Herrero, Crisanta Blasco y Jacinta de la Vega acertaron por completo, lo mismo que Delfín Pulido, Manuel Hernández y Valentín González, en quienes recaía el peso principal de la obra.

"La voz de Cantabria"

8-XI-1928.

Vayan también quince metros públicos de elogios que se repartirán equitativamente los demás artistas que intervinieron con papeles más o menos secundarios, y cuya enumeración ocuparía mucho espacio en el periódico.

De los autores, sólo pudo venir a Santander don Guillermo Fernández Shaw. Al final de los dos actos fué repeterida su presencia en escena entre atronadores e insistentes aplausos, y hubo de salir muchas veces a recoger los laureles sonoros, en unión de los intérpretes.

Se nos olvidaba consignar, y no queremos omitir detalle tan importante, por la poca frecuencia con que se logra, que los autores han dado con un final muy adecuada y originalísimo, que tuvo gran éxito y produjo agradable sorpresa en la concurrencia.

R.

Teatro Pereda

TEMPORADA LÍRICA 1928-29

Gran compañía lírica nacional HERRERO-PULIDO

Hoy, sábado, 8 de diciembre

TARDE, a las 8 y 1/2

LA DEL SOTO DEL PARRAL

(Por la señora Martín y los señores Ponce y Lloret.)

TARDE, a las seis y media (moda aristocrática; 11.º de abono), y NOCHE, a las diez y cuarto.

ÉXITO CIAMOROSO del sainete lírico de ROMERO y FERNÁNDEZ SHAW, con música del maestro VIVES, titulado

LOS FLAMENCOS

Próximo debut de la gran compañía lírica española de Antonio M. Alvarez, en la que figuran los eminentes artistas Emilio Sagi Barba, Cayetano Peñalva, s, Enriqueta Torres, Mercedes Casas, Filomena Surinach, Emilio Díaz, etc., etc. (Véanse listas, repertorio y condiciones de abono.)

Notas teatrales.

ESTRENO DE «LOS FLAMENCOS» EN EL TEATRO PEREDA

Si «Los flamencos», letra de Fernández Shaw y música del ilustre maestro Vives, hubiera sido puesta en escena al comienzo de la temporada, muy otro hubiera sido el resultado económico de la misma. Su solo anuncio con las referencias que a Santander habían llegado del éxito merecido y ruidoso que la obra había alcanzado en el Teatro Apolo, de Madrid, animó el patio de butacas, en el que hubo una concurrencia muy superior a la de anteriores días.

Con lo que se ha confirmado una vez más que «obras son amores...» y en el teatro aplausos y dinero.

«Los flamencos» es una zarzuela en la cual, con elementos conocidos, con personajes que ya otras veces han paseado por las tablas de los escenarios, se ha trazado una fábula entretenida, bien llevada, regocijada en muchas ocasiones, salpicada de chistes y situaciones cómicas, sin que falten la sentimentales que son de rigor. Hay además en ella vistosidad, lo que no es de desdeñar cuando se trata de un espectáculo como lo es el teatro, circunstancia que parecen olvidar los partidarios del Arte puro.

Los libretistas han acertado a dar al músico situaciones. ¡De qué admirable modo ha sabido aprovecharlas el maestro Vives! La partitura, castiza, inspirada y fácil de comprender, tiene números inspiradísimos.

Sobresalen el dúo de tenor y tiple del primer acto, gracioso, ligero y que arranca el aplauso entusiasta, «calentando el ambiente» y asegurando el triunfo. Felisa Herrero y Delfín Pulido lo cantaron de modo admirable.

En el segundo acto hay otro dúo superior, o por lo menos, de más empeño y vigor, inspiradísimo, que arrancó una ovación unánime y prolongada, compartida con toda justicia por los cantantes Felisa Herrero y Pulido, y que hubieron de repetir.

Otro acierto grande del compositor es el terceto de borrachos del primer acto y el terceto coreado por las chicas verbeneras del segundo, si bien este número quizá se prolongue con exceso.

La interpretación, excelente, a pesar de la obligada narquedad de ensayos, por lo reciente del estreno en Madrid. Muy bien la señora Blasco y muy graciosa la señorita Vega. Hernández, preciosísimo, como siempre, y Valentín González, excelente actor.

Todos los demás contribuyeron al inmejorable conjunto.

Y los obligados a escribir de cosas de teatro, entusiasmados de poder hacerlo una vez sin tener que andar poniendo reparos.

A. E.

"Diario Montañés"

(Santander)

8 DE DICIEMBRE DE 1928

ESCENARIOS Y PANTALLAS

ESTRENO DE "LOS FLAMENCOS"

El público que, á pesar de todo, conserva un prurito de sana sinceridad, casi llenó anoche la sala de nuestro primer teatro. No es preciso bucear en las causas de la que pudiéramos llamar vuelta al buen gusto: la obra que se estrechaba llevaba al pie tres firmas de gran solvencia literaria, y que son de lo muy poco que en el teatro lírico actual queda. Fernández Shaw, Romero y el maestro Vives son una promesa y una garantía siempre. ¿Qué raro, pues, que el Senado aguardara con expectación los primeros compases de la pieza?

Un sainete lírico, en toda su amplia y castiza acepción. Un sainete lírico que no desdenarían firmar los que durante dos ó tres lustros sostuvieron el fuego sagrado de un género escénico tan castizamente nacional. Gracia, donaire, ingenio, clasicismo. He ahí las virtudes primordiales de la última producción de ese trío que de vez en cuando, para nuestro consuelo, suele reconciliarnos con el moderno teatro lírico.

Un libro limpio, reluciente, salpicado de ingeniosidades de muchos quilates, y en el que el similor resaltaría á primera vista. Los señores Fernández Shaw y Romero, felices colaboradores á quienes debemos lo más puro y permanente en el género, han compuesto un sainete teniendo muy presente la otra firma de su razón social. Es decir, que puesto el maestro Vives á musicar la obra, el cuidado de los libretistas ha sido, á través de todas las escenas, la búsqueda del momento lírico para dar situación al compositor. Ni uno solo de los profusos números musicales que ilustran el libro, está provocado, y es aquí donde más resalta el dominio técnico de los autores. Estos han seguido los cánones del sainete, y aunque el motivo que sirve de fondo no es enteramente nuevo—¿qué lo será, bajo el firmamento?—, han extraído de la cantera popular los materiales para su construcción; lo realizado es bello porque se aproxima mucho á la perfección.

No es, la partitura, la mejor página de Vives. Pero con todo y eso,

no nos atreveríamos á ponerla reparos. El autor de "Doña Francisquita" no hace concesiones á la galería: su pluma se moja en la fuente de la honradez y la quebraría antes de pretender engañarse á sí propio. A veces, es la musa de un Chueca ó de un Caballero las que imperceptiblemente baten las alas sobre la orquesta, sin duda ruscando á su hermana, la del genial músico catalán, cuando se siente retozona en ágiles giros llenos de gracia y donosura. Pero la personalidad de Vives se manifiesta rotunda á todo lo largo de los compases, y ahora es el paso doble original, de palpitante casticismo, y luego es el terceto cómico de los borrachos—el mejor, á nuestro entender—, en que la vena humorística del sagacísimo compositor borda las frases irónicas, y es más tarde el inspiradísimo dúo. El asenso del respetable es el mejor mentís á cuantos creen en el oficio de los compositores al uso. Puede un auditorio, destumbrado por un latiguillo de música fácil y pegadiza, desbordarse en un entusiasmo semejante á la fogata de virutas; pero cuando ese mismo auditorio se complace y recrea con unos compases bien contruidos, pendiente de una orquestación perfecta y luminosa, con luz propia sin reflejos, es entonces que el milagro se ha obrado bajo las manos del taumaturgo genial.

"Los flamencos" es obra de éxito, y no fácil.

Los intérpretes, excelentes. La señorita Herrero cantó con gran "amor" su parte, así como la señorita Vega, y el tenor Pulido. Muy bien el tenor cómico señor Hernández, dominando la escena, y Valentín González.

Muchos aplausos sonaron al final de los dos actos, siendo reclamada la presencia, en el palco escénico, del señor Fernández Shaw, que oyó una calurosa ovación. Los aplausos se renovaron con entusiasmo al aparecer el maestro Acevedo, cada día con más entusiastas admiradores entre nuestro público. En verdad que no pequeña parte del éxito obtenido anoche, se debió á su expertísima batuta: nuestra felicitación.

J. SIMON CABARGA

TEATRO DINDURRA

Empresa
Méndez Laserna
Gijón

Gran Compañía Lírico-Nacional HERRERO-PULIDO

(Procedente del Teatro de la Zarzuela de Madrid)

HOY MIÉRCOLES 26 DE DICIEMBRE DE 1928

A las SEIS y MEDIA EN PUNTO - GRAN MODA

Séptima de Abono

A las DIEZ y MEDIA - POPULAR

¡¡VERDADERO ACONTECIMIENTO LÍRICO!!

ESTRENO del último gran triunfo del primer músico español



Maestro VIVES

ESTRENO - SENSACIONAL ESTRENO - ESTRENO

del sainete lírico en dos actos, en verso, original de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, música del ilustre maestro AMADEO VIVES

LOS FLAMENCOS

Reciente y clamoroso éxito en el TEATRO APOLO, de Madrid

REPARTO.—Ventura, Srta. Herrero; Señora Marta, Sra. Blasco; Mariquita, Srta. Vega; Señora Pumer, Sra. Conde; Elvira, Srta. Ramos; La Pili, Srta. Montero (L.); La Loli, señorita Vega (M. L.); Celeste, Srta. Hernández; Silvia, Srta. Del Río; La mujer del ciego, Srta. Eduarte; Manolo, Sr. Pulido; Niño de la bolita, Sr. Hernández; Señor Juan, Sr. González; Don Abilio, Sr. Gandía; Fantasía, Sr. Redondo del Castillo; El Colorín, Sr. Guillot; El señorito, Sr. Soler; Borracho 1.º, Sr. Ramírez; Borracho 2.º, Sr. Seva; Borracho 3.º, Sr. Angulo; Un funerario, Sr. Rodríguez; Un mecánico, Sr. Fernández; Albañil 1.º, Sr. Verdú; Albañil 2.º, Sr. Seva; Parroquiano 1.º, Sr. Tellado; Parroquiano 2.º, Sr. Jiménez; Un ciego, Sr. Marín; Un chico, Sr. Del Río; Amigo 1.º, Sr. Rueda; Amigo 2.º, señor López; La Canaria, Srta. Eduarte; La Coralito, Srta. Conde; La Peregrina, Srta. Vega (M.); Pepita, Srta. Arquero; Rosario, Srta. Montero; Pedro Jiménez, Sr. Ramírez; El Marqués, Sr. Rodríguez; Talavera, Sr. Rueda; Campitos, Sr. Angulo; El Pianola, Sr. Seva.

Verbeneras, camareros y consumidores —:— La acción en Madrid; época actual

MAESTRO DIRECTOR Y CONCERTADOR: EMILIO ACEVEDO

PRECIOS DE LAS LOCALIDADES (INCLUIDOS LOS IMPUESTOS)	A las 6 y 1/2	A las 10 y 1/2
Platea o palco entresuelo con entrada.	20,00	15,00
Palcos principales con entradas.	12,00	10,00
BUTACA DE PATIO.	4,00	3,50
Butaca de entresuelo, 1.ª fila.	4,00	3,50
Id. de entresuelo, 2.ª fila.	3,00	2,50
Butaca de principal, 1.ª fila.	3,00	2,50
Id. de principal, 2.ª fila.	2,50	2,00
Anfiteatro, 1.ª fila.	2,00	1,50
Id. 2.ª fila.	1,50	1,00
Delantera de paraíso.	1,00	0,70
GALERÍA GENERAL	0,60	0,50

PRONTO:

La Promesa

ESTRENO

ZARZUELA ASTURIANA

DEL

Maestro TORNER

LOS ESTRENOS EN EL DINDURRA

"LOS FLAMENCOS"

Sainete lírico en dos actos, en verso, original de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, música de Amadeo Vives.

En la zarzuela española uno de sus más potentes soportes es el ilustre maestro Vives.

Hombre de fisonomía algo beethoveniana.

Su labor teatral es gran pilar del arte. Evolucionó también como el sublime sordo. Vives tiene sus épocas. La actual marca nuevo género en su música.

Trabaja pausadamente, como el orive que perseverante a golpes de cincel crea la joya sorprendente de dibujos y combinaciones de gemas. Nada de esas prisas que en las partituras son vacío instrumental, y en las melodías, banalidad. "Doña Francisquita" y "La Villana" nacen una a los tres años de la otra. Son partos recios, pero normales. Fuertes vástagos que honran la familia musical hispana. Su hermano menor, "Los flamencos", les sigue más de cerca, sin que por ello traiga a la vida teatral máculas de plebeyo origen.

Vives siempre da cosas nuevas, aún dentro de su estilo, porque del manejar la orquesta con maestría vienen las combinaciones sonoras que embellecen la obra con timbres, coloridos y efectos armónicos jamás agotados.

Y el lirismo del músico catalán es rosa florecida en todo momento, en cualquier huerto escénico. Son pocos los músicos que pueden producir con tanta perfección, identificándose con el espíritu del libreto, como lo hace el maestro Vives. "Los flamencos", aún dentro de sus particularidades de ambiente, permite al músico llegar a un acuerdo de agrado con el público, por su música comprensiva.

Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, los libretistas más exitosos de la actualidad, ágiles de diálogo y felices de chiste, han escrito un libro sobre el tema bastante zarandeado de la flamenquería, con vistas a la aquiescencia del vulgo, y la obtienen por su acierto al manejar los tópicos al uso.

Por el colmado de la Señal Mar-

ta desfilan tipos ya conocidos, pero no por eso dejan de estar bien presentados. Así en el primer acto el músico encuentra modo de poner en solfa el pasar de las manolitas de la Fiesta de la Flor y un terceto de flamencos gorriones a costa del mataor.

Sigue luego un dúo de tiple y tenor, de amplias dimensiones, más de zarzuela que de sainete, no obstante grato por lo variado de su ritmo y cadencias chulapernas. Gustó, y sonaron muchos aplausos. También es verdad que la Herrero y Pulido le dijeron con toda justeza. El terceto de borrachos tampoco va mal y es de una comicidad moderada. Vale más el quinteto siguiente, por lo bien que la música se halla distribuida en el diálogo y por tener un carácter que se ajusta mejor a la obra.

Hasta aquí Vives es sencillo, sin duda por amoldarse al sainete. El colmado está animado con la gracia de Hernández, de su dueña Marta, y merced a lo "calaveras" que son Manolo y el Señor Juan. Entre tanto, Ventura sorprende a su marido en plan de conquista, le abandona y cae el telón. A ver qué pasa en el acto próximo.

Pues empieza el segundo acto con un cuadro de jerga en un merendero; chicoleros, cante y baile. Ventura se ha separado de Manolo. El Niño de la Bolita, dejó el establecimiento de Marta por el de Ventura.

Aparecen luego un coro de jóvenes "enmantonadas". Se suceden escenas de relleno, y por último llega el momento de la "reanudación" de los jóvenes esposos. Un dúo, el que salva la obra, porque es lo mejor, es escuchado con gran satisfacción por el respetable, siendo repetido.

La Herrero y Pulido se destacan notablemente al cantarle de un modo que despertó entusiasmo. Lucen ambos sus agudas notas, limpias y potentes. Los aplausos son de la misma categoría.

La interpretación superior.

De los demás actores sobresalieron la señora Blasco, Redondo

del Castillo y Valentín González. El maestro Acevedo dirigió la orquesta con su habitual eficacia.

Y así fué la obra "Los Flamencos", que gustó como sainete de cuidada construcción.

EN EL DINDURRA

ESTRENO DE "LOS FLAMENCOS"

Sainete lírico en dos actos, letra de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Vives.

"El universo"
(Gijón)
27-XII-1928.

Con extraordinario éxito estrenó ayer tarde en el Teatro Dindurra la Compañía Herrero-Pulido, el sainete lírico en dos actos, y en verso, original de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, música de Amadeo Vives, «Los Flamencos».

El argumento de la obra es una fina diatriba dirigida entre bromas y veras contra la flamenquería de los oasizos ingertados en donjuanes, que sólo se creen hombres ejerciendo de «castigadores». Esos flamencos son los causantes de la desavenencia, que llega incluso á la separación entre Manolo y Ventura, porque con sus malos consejos alientan en el primero las pasiones que le distancian, circunstancialmente, de su mujer, á la que ama hondamente, y le crean situaciones embarazosas, que no desaparecen hasta que los flamencos son relegados de la compañía de Manolo, y desechando de su ánimo sus consejos. Entonces llega la comprensión y el acuerdo entre los esposos, y se reconcilian.

La obra es de ambiente madrileño bien observado y conseguido, y tiene colorido local ofreciendo personajes bien trazados, y uno especialmente, muy bien concebido y conseguido: el de Manolo, que es un tipo muy humano. El argumento nos recuerda un tanto «La Mala Sombra», de los Quintero.

La música, del maestro Amadeo Vives, responde perfectamente al carácter de la obra. Es una partitura inspirada, que se ajusta bien al ambiente y á las circunstancias, concebida y desarrollada con bastante unidad; y ofreciendo pasajes de gran acierto expresivo y de fuerza emocional. Tiene números muy notables, como algunos dúos entre Manolo y Ventura, y el coro de borrachos, que se hicieron repetir. La técnica musical responde á las últimas modalidades y tendencias del maestro Vives, técnica moderna, sin que por eso pierda la partitura el nervio lírico en que está inspirada y que en algunos números recuerda á los maestros de nuestra zarzuela clásica. La orquestación responde también á las nuevas tendencias, pero sin intentos aventurados.

La obra gustó mucho y fué aplaudida calurosamente, dándose la Compañía Herrero-Pulido una perfecta interpretación. En primera tiple, señora la Herrero, cantó muy inspirada y sentidamente, su papel de Ventura, acompañada con igual acierto por el tenor señor Pulido en el suyo de Manolo. El tenor cómico, señor Hernández, desempeñó su papel de Niño de la Bola con chispeante comicidad, y la señora Blasco y el señor González estuvieron muy bien en los suyos respectivos, así como la señorita Vega, que hizo una Mariquita deliciosa. Todos los artistas que tomaron parte en la representación, hicieron una labor notable, contribuyendo á su medida al mayor éxito del estreno. La orquesta, dirigida por el maestro Acevedo, muy bien.

TEATRO DINDURRA

Empresa
Méndez Laserna
Gijón

Gran Compañía Lírico-Nacional HERRERO-PULIDO

HOY, DOMINGO 30 DE DICIEMBRE DE 1928

A las CUATRO de la tarde en punto

El sainete lírico en dos actos, en verso, original de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, música del ilustre maestro **AMADEO VIVES**

LOS FLAMENCOS

REPARTO.—Ventura, Srta. Herrero; Señora Marta, Sra. Blasco; Mariquita, Srta. Vega; Señora Pumer, Sra. Conde; Elvira, Srta. Ramos; La Pili, Srta. Montero (L.); La Loli, señorita Vega (M. L.); Celeste, Srta. Hernández; Silvia, Srta. Del Río; La mujer del ciego, Srta. Eduarte; Manolo, Sr. Pulido; Niño de la bolita, Sr. Hernández; Señor Juan, Sr. González; Don Abilio, Sr. Gandía; Fantasía, Sr. Redondo del Castillo; El Colorín, Sr. Guillot; El señorito, Sr. Soler; Borracho 1.º, Sr. Ramírez; Borracho 2.º, Sr. Seva; Borracho 3.º, Sr. Angulo; Un funerario, Sr. Rodríguez; Un mecánico, Sr. Fernández; Albañil 1.º, Sr. Verdú; Albañil 2.º, Sr. Seva; Parroquiano 1.º, Sr. Tellado; Parroquiano 2.º, Sr. Jiménez; Un ciego, Sr. Marín; Un chico, Sr. Del Río; Amigo 1.º, Sr. Rueda; Amigo 2.º, señor López; La Canaria, Srta. Eduarte; La Coralito, Srta. Conde; La Peregrina, Srta. Vega (M.); Pepita, Srta. Arquero; Rosario, Srta. Montero; Pedro Jiménez, Sr. Ramírez; El Marqués, Sr. Rodríguez; Talavera, Sr. Rueda; Campitos, Sr. Angulo; El Pianola, Sr. Seva.

Verbeneras, camareros y consumidores —;— La acción en Madrid; época actual

A las SEIS y MEDIA - GRAN MODA

Once de Abono

La zarzuela de costumbres, en tres actos, original de Martín Berruero y Miguel Pola, música del eminente maestro FRANCISCO COTARELO,

ALMA NAVARRA

Cantada por el insuperable cuarteto FELISA HERRERO, MATILDE MARTIN, DELFÍN PULIDO, REDONDO DEL CASTILLO

REPARTO.—Teresa, Felisa Herrero; María, Matilde Martín; Rita, Jacinta de la Vega; Tanasia, Crisanta Blasco; Mozas amigas de Teresa, devotas y pelotaris: Pilar Herrero, María Luisa de la Vega, Srta. Ramos, Carolina Hernández y Hermanas Montero; Jacinto, Delfín Pulido; Santiago, Victoriano Redondo del Castillo; Cura, Valentín González; Alcalde, Vicente Guillot; Pingolo, Manuel Hernández; Alejo, Enrique Gandía; Morales, Enrique Ramírez; Macario, Sr. Rodríguez; Torero 1.º, Sr. Seva; Torero 2.º, Sr. Soler; Torero 3.º, Sr. Angulo; Silverio, Sr. Jiménez; Bailadoras de jota, Srtas. Jacinta de la Vega, Hermanas Montero y Carolina Hernández. Coro general, Pelotaris, Mayordomos, Mozas y Mozos del pueblo, Ancianos y Chiquillos.

Decoraciones de los reputados escenógrafos ELOY GARAY, MARTORELL y GARCIA ROS - La acción de toda la obra, en un pueblo imaginario de la provincia de Navarra, lindante con Aragón. Época actual, en el mes de Septiembre.

A las DIEZ y MEDIA - POPULAR

La zarzuela en tres actos, divididos en siete cuadros, basada en la tragicomedia de Lope de Vega «PERIBÁÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA», original de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, música del insigne maestro VIVES,

LA VILLANA

REPARTO.—Casilda, Matilde Martín; Juana Antonia, Jacinta de la Vega; Blasa, Crisanta Blasco; Peribáñez, José Luis Lloret; Don Fadrique, Jorge Ponce; David, Victoriano Redondo del Castillo; Roque, Enrique Ramírez; Olmedo, Manuel Hernández; Miguel Angel, Enrique Gandía; Chaparro, Vicente Guillot; El Rey, Redondo del Castillo; El Licenciado, Angel Angulo; Quintanilla, Manuel Rodríguez Flores; Un mayoral, F. Soler; Labrador 1.º, Enrique Seva; Labrador 2.º, Jesús Fernández; Pregonero, Vicente Guillot; Garcés, Juan de Rueda; Paredes, Manuel Mateo López; Gañán 1.º, Enrique Seva; Gañán 2.º, Jesús Fernández; Gañán 3.º, Miguel Marín.

Labradores y labradoras acomodados, segadores, trilladores, espigadoras, damas y caballeros de la corte de Enrique III, heraldos, soldados del Rey, ballesteros, oficientes de la procesión y gente del pueblo - La acción del último cuadro, en Toledo; la de los anteriores, en Ocaña - Época: Principios del siglo XV.

DIRECCIÓN DE ORQUESTA: **Maestro ACEVEDO.**

PRECIOS DE LAS LOCALIDADES (INCLUIDOS LOS IMPUESTOS)

	A las 4 y 10 1/2	A las 6 y 1/2	Mañana Lunes: LA PROMESA, ESTRENO, zarzuela asturiana del Maestro Torner.
Platea o palco entresuelo con entrada.	15,00	30,00	Sigue abierto el Último Abono a Seis únicas funciones, con dos días festivos, a partir del Martes.
Palcos principales con entradas.	10,00	18,00	
BUTACA DE PATIO.	3,50	6,00	Los señores abonados actualmente, tendrán sus localidades reservadas hasta TODO EL DIA DEL DOMINGO, por si desean continuar con las mismas, previo aviso en taquilla.
Butaca de entresuelo, 1.ª fila.	3,50	6,00	
Id. de entresuelo, 2.ª fila.	2,50	5,00	
Butaca de principal, 1.ª fila.	2,50	5,00	
Id. de principal, 2.ª fila.	2,00	4,00	
Anfiteatro, 1.ª fila.	1,50	2,50	
Id. 2.ª fila.	1,00	2,00	
Delanteras de paraíso.	0,70	1,25	
GALERÍA GENERAL.	0,50	0,70	

La Risja (hogroño)
13 - Enero - 1929.

Teatro Bretón

La compañía de Pulido, se presentó ayer en la... nuestro primer coliseo con el... «Los flamencos», libro en verso... Herrero y Fernández Shaw, y música de... Vives.

Ni el libro deja de estar versificado sueltamente y con gracia, ni la música deja de hacer honor a la figura del maestro, pues en uno hay cosas que hacen reír y el sainete está bien planeado, y en la otra, hay bonitos números, bien confeccionados, entre los que destacan un par de tercetos, y el dúo del segundo acto. Pero no sabemos qué tiene el conjunto, libro y partitura, que le cuesta llegar al público, tanto, que puede decirse que no «llegó» hasta el dúo final del segundo acto, en el que Felisa Herrero y Delfín Palacios cantaron con trío y que tuvo que repetirse ante la ovación sostenida que lo demandó.

El sainete está bien, pero no se presta a lucimiento de las partes. Ni el libro, ni la música, destacan sino en raros momentos, a cómicos y cantantes. No es, pues, extraño, que el público no se diera cuenta sino en pocas ocasiones de que tenía ante sí prestigios del arte lírico, como Felisa Herrero, Delfín Pulido, Valentín González, Redondo del Castillo, Gandía y otros.

Claro es que el Vives de «Los Flamencos», no es él, es «su otro yo», ese otro que si no se contradice con el uno, se le distancia un poquitín.

No obstante, el fino olfato del público pudo percibir la calidad de los que le servían el espectáculo, y por eso, cuando encontró la ocasión de aplaudir, lo hizo sin reservas de ningún género.

La orquesta, dirigida por el maestro Acevedo, sonó bien.

Breve Temporada en Madrid

"El sol" 2 Febrero 1929.

FUENCARRAL "Los flamencos"

Salvo en algunos detalles, puede decirse que la reposición de "Los flamencos" en el teatro de Fuen carral es, por lo menos, tan buena, en lo que se refiere a la interpretación, como la que obtuvo cuando se estrenó en el teatro de Apolo. Por lo menos tiene una ventaja, y es que "sabe" a zarzuela, a lo que habitualmente y tradicionalmente se ha entendido por interpretación de una zarzuela, sin floripondios ni florituras por todo lo fino. Un buen conjunto, en el que destacan la señorita Herrero, el Sr. Pulido y... el señor Acevedo, director de la orquesta. Añádanse los nombres de la señora Blasco y la señorita Vega, de los Sres. Hernández, González.

Gandía, Redondo del Castillo, Ramírez, Seva y Angulo, y ya estará nombrado casi todo el cuadro de la compañía. El público quedó complacido con los dúos, tríos y cuartetos que tiene la obra, y aplaudió en cada momento sin reservas. El Sr. Fernández Shaw salió a agradecer los aplausos tributados a los autores, y el telón se levantó reiteradamente en honor de éstos y de los intérpretes.—Z.

"La voz de Quijigüera."
(San Sebastián)

31 - Marzo - 1929

Escenarios donostiarras

En el Victoria Eugenia

DEBUT DE LA COMPANIA HERRERO - PULIDO Y ESTRENO DE "LOS FLAMENCOS"

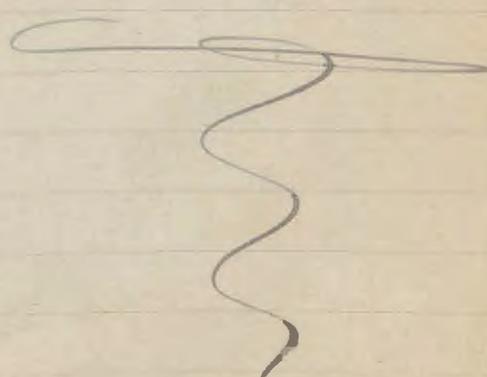
De lisonjero puede calificarse el resultado de la primera actuación de la Compañía de zarzuelas Herrero - Pulido ante el público donostiarra. Ayer por la tarde, en la función de las seis y media, fué puesta en escena la zarzuela de Moreno Torroba, letra de González del Toro y Duque, "La Marchenera". La jugosa partitura logró igual éxito que el día de su estreno, y Moreno Torroba, que ayer dirigía la orquesta, salió al proscenio al finalizar los actos. El reparto, con la variación del barítono señor Esteralles, que debutaba con el papel de "Conde de los Hinojares", y la contralto Antonia Muñoz, también debutante en el de "Paloma", en cuyos papeles realizaron ambos artistas una encomiable labor, fué el mismo que hace algunos meses nos presentó la misma Compañía, y esto nos relevaría de repetir los elogios que merecidamente formulamos en momento oportuno, si la actuación de Felisa Herrero, que cada día que pasa se va adornada con más evidente plectora de facultades, no nos obligara a calificar, no de insuperable, calificativo que hemos de horrar de nuestro léxico mientras siga cantando Felisa, pero sí de jamás superado el modo de cantar, en su repetición, la petenera del primer acto. Creemos que con esto está ya dicho todo en elogio de la exquisita cantante, que durante toda la obra, al igual que sus compañeros, brilló a la altura a que ya nos tiene acostumbrados.

En la función de noche fué estrenada la zarzuela del maestro Vives con letra de Fernández Shaw y Romero, titulada "Los Flamencos". Se trata de una obra de las del corte de las llamadas de género chico, pero en la que brilla por su ausencia la inspiración alegre y juguetona, característica del género. Es preciso aclarar que con esto no queremos decir que lamentamos que el maestro Vives no haya escrito música rampiona y fácilmente pegadisa. Sin descuidar las bellezas orquestales, ni el respeto que la técnica musical ha de merecer siempre al músico honrado, pueden hacerse cosas de un grato colorido. Tenemos

de ello irrecusables ejemplos en nuestro teatro lírico y no es precisamente una excepción el maestro Vives, cuya musa, fecunda en bellós matices, fué en esta ocasión ingrata con el genial compositor. Existe a lo largo de toda la obra una enorme disociación entre el matiz acertadísimo que supieron dar los autores al libro y lo que el músico compuso para ilustrarlo. Por eso la orquesta nada nos dice o por lo menos nada nos dice de lo que el diálogo y la acción están exigiendo que se nos diga. Sin embargo, fuerza es reconocer que existen pasajes orquestales bien construídos, pues a pesar de que el maestro Vives no fué en "Los Flamencos" tan cuidadoso como en otras obras suyas con la técnica musical, quizá por considerarla como enojoso obstáculo para el género que el libro requería, no por ello puede decirse que el prestigio del compositor, cimentado en éxitos indiscutibles, haya sufrido el menor desdoro.

Del libro ya hemos dicho que está muy acertadamente ambientado, y si hubiéramos de limfiar nuestro juicio a ello y a la fidelidad de los tipos saineteros y a la agilidad y gracia de buena ley con que está hecho el diálogo, no habríamos de escatimar el elogio, especialmente al primer acto, notabilísimo desde este punto de vista. Pero ocurre que el conflicto planteado, interesante para poco más de un entremés, no es suficiente para una zarzuela de dos actos. Como consecuencia de ello hay poca acción que realmente pueda ser llamada acción para tantas escenas, y el segundo acto resulta, a pesar de la gracia del diálogo, algo pesado. Sin duda contribuye a este efecto el deseo de ver planteada la escena entre dama y galán, que imperiosamente estaba exigiendo la acción unas cuantas escenas antes de lo que se produce y porque además teníamos noticias de que se desarrollaba en un dúo de tiple y tenor que había merecido el unánime elogio de la Prensa y del público madrileños. Y llegó tal escena y llegó tal dúo, y, francamente, no nos explicamos los extremos de apoteosis que produjo el día del estreno en Madrid. No difiere el número en gran cosa del resto de la obra.

En lo que no hemos de regatear ningún elogio es en la actuación de la Compañía. Inmejorables en sus respectivos papeles Felisa Herrero, la señora Blasco, don Valentín González, Manolito Hernández y Victoriano Redondo del Castillo. Delfín Pulido muy bien como actor y como cantante a pesar de tener que luchar con una afonía que le perjudicó bastante; logró una brillante actuación gracias a su buena escuela de canto. El resto del conjunto estuvo a tono con las primeras figuras.—*Fernán Vega de Seoane.*



De teatros

PRINCIPAL.

"Los flamencos"

Anoche debutó en el Principal, la compañía lírica Herrero-Pulido, y para presentación de la compañía se puso en escena por primera vez en Zaragoza el sainete lírico en dos actos y en verso original de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, con música del maestro Vives, "Los flamencos".

En el libro figuran como personajes centrales los componentes de un matrimonio: él, un torerito marchoso y donjuanesco que torea en la calle y no en el ruedo como parecía su obligación, y ella una madrileña de figura y también de genio a la que por fin hartan las aventuras de su marido. Surge la separación que dura muy poco, porque los celos primero y la formalidad después atraen al hogar al torerito de pega.

Al lado de estas figuras están las de los consuegros: la mamá de él, castiza y madrileñísima, con un corazón como la puerta de Alcalá, y el papá de ella, viejo alegre que finalmente entró en orden como el yerno.

El sainete está bien llevado, y hay en su composición mérito; pero tal vez el haber querido seguir los autores normas y patrones del sainete clásico, le resta naturalidad y lo hace frío y artificioso a ratos.

El maestro Vives ha servido el libro con decoro, como cumple a su nombre, aunque le haya faltado inspiración para ponerse a tono con el género. Un terceto cómico y un dúo fueron los números que mayor número de votos en pro alcanzaron en la representación de anoche.

En la interpretación se destacaron: Felisa Herrero, la buena cantante de siempre y ahora mejor actriz; la señora Blasco, señorita Vega, y los señores Pulido, Hernández y Valentín González.

A. M.

Teatro Cervantes

"LOS FLAMENCOS"

Los autores de «Doña Francisquita» han vuelto a reunirse para producir «Los flamencos». Trátase, ahora, de un sainete enfocado hacia Madrid, género el más comprometido por su desgaste, por el abuso que se ha hecho de él. El sainete, de raíz tan honda, de tan pura cepa española, anda de capa caída. Tropezar hoy con uno que pueda servir en el futuro como modelo, resulta muy difícil. El sainete fué víctima contumaz de adulteraciones y manipulaciones dañinas. Hasta otros géneros invadieron sus dominios para participar de él, si no en realce de su esencia, en aprovechamiento ilegítimo y confuso, ya de su ambiente, ya de sus tipos, o bien del diálogo. De aquí se sigue que el sainete fué desnaturalizándose poco a poco y que, al ser captado para otros géneros, estos perdieron también sus cualidades de origen, viniéndose a parar en el desorden cástico de las clasificaciones teatrales al uso, que, cuando comedia, nos dan mezcla de esto y de lo otro; cuando drama, cae en el melodrama, y, cuando sainete, es «astracán» o algo peor.

Romero y Fernández Shaw han procurado en «Los flamencos» restablecer los fueros del sainete clásico. ¿Lo han conseguido? En la unidad de su trabajo, sí, que allí alienta el sainete sin interpolaciones extrañas. Pero a costa de errores, como el de tomar por lo principal lo de segundo plano y lo episódico; como el de recurrir a dos actos para lo que no necesitaba más que uno, de donde el segundo aparece inflado y con una prolongación, en parte, algo premiosa. «Los flamencos» que justifican el título de la obra son lo secundario; unos «flamencos» sin apenas «flamencismo», más sinvergüenzas que «flamencos».

Al menos, los «flamencos» de por acá son de otro cuño, más alegres y avispados y con otra gracia. El acierto de los libretistas es cabal en algunos detalles de la anécdota y en la integridad del diálogo, bordado sobre el cañamazo del verso octosílabo, con sabor al más castizo romance. En esta labor, que acredita la suficiente preparación literaria y el buen gusto de los autores, hay mucho de chistoso, parte de humorismo, desparpajo y «cachete» del madrileñismo popular.

El maestro Vives ha compuesto una partitura fina, ligera, inspirada, pero más propia de la comedia musical que del sainete. Tiene, en suma, más elegancia que sentido de lo popular, y corre sobre los instrumentos con una gracia alada, como de juguete. La natural distinción del maestro Vives le obliga a imponer su

personalidad, distante de tantas plebeyeces como cruzan hoy por la escena.

Hay en «Los flamencos» números de certera comicidad; otros, alegres, que impulsa el aire callejero y alguno, como el duo final, de bellísima y fácil melodía. Pero anoche, como si no. Había pasado el primer acto sin entusiasmo, aunque aplaudido al fin. Mediaba el segundo y arriba se iniciaron conatos de tormenta. Otros espectadores aplaudieron, por contra. Se impuso la calma pronto y pudimos escuchar el resto de la obra. Lamentable, porque estimamos que la protesta ruidosa debe guardarse sólo para lo inmoral, para lo que hiera los sentimientos del auditorio. Mejor nos parece lo que pasó al descender la cortina: que el público se abstuvo de aplaudir y desfiló en silencio. Ninguna protesta más noble, elocuente y cortés. Pero no supimos qué era lo que se rechazaba antes: si la obra o la interpretación, o las dos cosas a la vez. También el estreno de «Doña Francisquita» se significó en Málaga por una frialdad hostil, por una serie de vacíos y por una quiebra del negocio, y después, la misma obra, ha proporcionado muchos llenos...

De los intérpretes, Cándida Suárez, en el duo; Blanca Suárez, y la Aragota, en todo, y, con ellas, Viñas y Blanca. Los demás, discretos.

Benito Marín.

Sevilla "El Liberal"

26-XII-28

Teatro Cervantes

"Los flamencos"

Ayer se estrenó en este teatro el sainete lírico de Romero, Fernández Shaw y Vives, «Los flamencos».

Los dos primeros, autores del libro, en verso, no han estado ciertamente afortunados. La acción es muy lánguida; el verso, pobre, y el diálogo, por consecuencia, muy apagado.

Por si ello fuera poco, la falta de verdaderas situaciones cómicas hace aún más desmayada la acción, que no logra fijar el interés del espectador en la escena.

La música alcanza un más alto nivel que el libro; no carece de motivos inspirados y su instrumentación responde al prestigio de su autor; pero no es tan ricamente sonora como otras producciones recientes del maestro.

Destacan de toda ella dos dúos de tenor y tiple y un terceto cómico—este último bisado—que el público escuchó muy complacido y aplaudió.

La interpretación, en conjunto, fué muy discreta.

Al final del primer acto sonaron abundantes aplausos, y al terminar el segundo, la concurrencia, después de otorgar unas palmadas que hicieron levantar la cortina dos veces, quedó aguardando un tercer acto... que no existía. No se enteró de que el sainete había concluido, circunstancia que anotamos «para que conste».—C.

Barcelona

"El biluvis"

23 Febrero 1919.

Por esos teatros

TIVOLI :: Estreno del sainete lírico en dos actos en verso original de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw y música del maestro Vives titulado "Los flamencos".

¿Quién será el osado que se atreva a negarle méritos al insigne Amadeo Vives? Nadie. Así, rotundamente, nadie, porque el insigne compositor de centenares de páginas hermosas tiene un valor — de oro de ley es la labor del gran catalán — absoluto en la zarzuela, a la que ha dado y dará indudablemente días de gloria.

Había gran expectación por conocer la última producción del maestro Vives y ello hizo que el coliseo de la calle de Caspe se viera casi lleno.

En honor a la verdad hemos de hacer la siguiente afirmación y esta es que la música de "Los flamencos" — perdón porque no olvidamos que las comparaciones son odiosas — no es ni con mucho lo mejor que ha escrito el insigne músico. Tiene números hermosos, como son la romanza de tenor del segundo acto y el dúo del mismo, y hay otros que se escuchan con agrado; pero sin que campeen en ellos la inspiración, la gracia que en otras obras ha vertido a raudales.

¿Es mala esta obra, es decir, la música? ¿Qué ha de ser! Para sí la quisieran la mayoría de los compositores. Lo que pasa es que el público conoce perfectamente lo que vale el autor de "Bohemios", "Don Lucas del Cigarra" y "Doña Francisquita" y a él le exige más que a los otros. De todas suertes el público aplaudió mucho e hizo repetir la romanza a Vendrell y el dúo entre la tiple y el tenor, que gustaron de veras, y un baile flamenco a cargo de las "cañis" Conchita Borrull y La Tanguerita, maestras del género.

Los libretistas han hecho un sainete sin grandes pretensiones, bien escrito y muy cuidado el diálogo, y en él hay escenas cómicas y otras sentimentales que entraron en el público fácilmente.

En la interpretación se distinguieron Vendrell, Anselmo Fernández, que hizo admirablemente un tipo madrileño; la característica señora Hernández, la graciosa tiple cómica Emilia Allaga y Raul Ughetti.

Al final de los dos actos el público ovacionó a los autores. Amadeo Vives vióse obligado a hablar y dijo que desde hacía tiempo el público y él tenían contraído un compromiso; que él no hablaría en los estrenos. Anselmo Fernández y Vendrell pronunciaron frases de agradecimiento y este último solicitó de Vives que escribiera algo pensando en él, en Vendrell, para ser estrenado por el popular tenor.

E. S.

"Las Noticias"

23 - II - 1919.

LOS TEATROS

TIVOLI. — "Los flamencos", sainete lírico en dos actos de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, música del maestro Amadeo Vives.

Se estrenó anteayer (coincidiendo con otro estreno) el sainete de aquel título en el teatro Tivoli. Aunque los versos del sainete no son malos y algunos chistes tienen gracia, el libro de la nueva producción es inferior a la música. La música, por su parte, siendo del maestro Vives, es inferior a la de otras producciones suyas, especialmente a "Doña Francisquita", que es la obra con la cual ésta, "Los flamencos", se parece más, pues casi toda se inspira en aires populares clásicos madrileños que armoniza Vives con sin igual maestría. Técnica refinada, excelente, perfecta; sin embargo, el acierto no es igual.

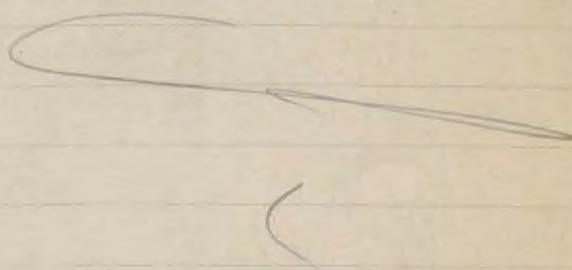
De todos modos, la obra es digna del autor y se escucha en muchos fragmentos con verdadero deleite, siquiera en algunos llegue a cansar.

Obtenemos un terceto del primer acto y una romanza y un dúo del segundo como trozos escogidos que bastarían para dar patente de maestro a su autor si fuese otro compositor de quien el público no esperara mejores portentos.

Dichos números fueron repetidos y se aplaudieron con sinceridad.

La interpretación fue buena, distinguiéndose, cantando, Vendrell, y actuando Anselmo Fernández, quien da gran relieve a un personaje gracioso.

E. TINTORER



"Noticiero Universal" (Barcelona)

23 Febrero 1929.

LOS ESTRENOS DE ANOCHE

TIVOLI. -- "Los flamencos", sainete lírico en dos actos, en verso, libro de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, música del maestro Amadeo Vives : : : :

La noche de ayer fué, indudablemente, para el maestro Vives. De no haber mediado el popular y glorioso nombre del autor de "Doña Francisquita" y del "Don Lucas del Cigarral", el éxito que merecieron "Los flamencos" hubiera mermado considerablemente y no por falta de méritos musicales, sino por el libro que es endeble y tan lento en el desarrollo como lánguido en su conjunto.

Se trata de un sainete salpicado de chistes, no todos del mejor gusto ni del mayor ingenio, en el que se desarrolla un pequeño conflicto sentimental entre un matrimonio cuyo marido anda un poco extraviado merced a los malos ejemplos y consejos de tres ganapanes tan llenos de vicios como de chulería; y existe un tipo de viejo casquivano, especie de "Don Hilarión", de "La verbena de la Paloma", con menos ciencia que aquél, pero más chulapo.

Y dejemos el libro, porque lo esencial en "Los flamencos" es la música, que no puede negar la mano de su insigne autor.

El maestro Vives nos aparece cada vez más perfecto, si es que esto es posible, en el dominio de los recursos técnicos y en cuanto a las ideas musicales. Su ingenio, lejos de agotarse, adquiere cada día mayor gracia popular, más carácter. En muchos de los números de "Los flamencos" puede decirse que va envuelta el alma nacional, el secreto de unas notas que tiene para el corazón todos los encantos del cielo de la patria.

El maestro Vives sigue siendo en "Los flamencos", como en "Doña Francisquita", el emancipador, en nuestros días, de la clásica tonadilla. Resplandecen en las frases musicales de la partitura estrenada anoche, que es un modelo de galanura, la poderosa virtualidad del canto popular sin pulimentos ridículos, ni transformaciones estemporáneas; el colorismo, la magia de la música lozana de los boleros, vitos, seguidillas, jotas, gallegadas, rondeñas, soleares y romances moriscos y todo ello evocado oportunamente, de manera exquisita con esa difícil facilidad y sencillez de las verdaderas obras de arte.

En cuanto a la parte orquestal, todo lo que se diga en su favor es poco. La instrumentación es diáfana y el tejido armónico y el trabajo contrapuntístico, de una riqueza y un acierto insuperables.

Tenemos la seguridad de que la mayor parte de la música de "Los flamencos" quedará y además se hará célebre como la de "Doña Francisquita". Es un problema de tiempo, nada más.

Al público le pasaron inadvertidas, en la primera audición, muchas de las grandes bellezas de la partitura.

Los números que más gustaron fueron un coro y un terceto cómico del primer acto, y del segundo, una romanza del tenor y un duo de éste y la tiple.

Realmente son todos ellos muy notables, pero conste que son muchísimos más los valores positivos de la partitura de "Los flamencos". Ya se irán descubriendo en nuevas audiciones.

La interpretación, en general, fué bastante mediana.

Destaquemos de este plano a Anselmo Fernández, que estuvo admirable en el papel de viejo

casquivano, y a Emilio Vendrell, cantando.

Los autores, especialmente el maestro Vives, merecieron el agasajo entusiasta del público.

Alfredo Romea

La compañía de Luis Calvo representó Los flamencos, en el "paralelo" de Barcelona, en Junio de 1929. Luego comenzó una "tournee" por provincias.

"El corte de Castilla" (Valladolid)
Septiembre 1929.

LOPE DE VEGA

«Los flamencos», sainete de Romero y Fernández Shaw, música de Vives.

Por esta vez los señores Romero y Fernández Shaw han abandonado la zarzuela—género en el que tan justos éxitos han obtenido— para dedicarse al sainete, de algún tiempo acá injustamente suplantado por las revistas y demás producciones de insignificancia parecida.

Y fuerza es confesar que si como libretistas de zarzuela triunfaron, no menos lo han conseguido ahora con este sainete, modelo de sobriedad y pureza. Un conflicto sentimental: un marido que abandona a su mujer, bonita y buena a más no poder; unos amigos que aconsejan al infiel y al mismo tiempo se aprovechan de su dinero; y sobre todo ello un virus de flamenquismo, que se traduce en cañas, juergas y, como consecuencia, lágrimas, aunque al final surge el arreglo. Paralela a esta acción marcha la parte cómica, airosa, suelta, de buena ley.

A tales libretistas tal músico. Y así el feliz consorcio se vio enriquecido con el prestigio de un nombre ilustre: Amadeo Vives. El maestro catalán, ha compuesto una partitura abundante, jugosa, rica en matices y que responde toda ella al historial musical del autor de tantas obras maestras. Destacan entre todos los números dos dúos de tiple y tenor, uno en cada acto; otro dúo de tiple y tiple cómica, y un terceto de graciosa factura.

Al éxito merecido y franco de «Los flamencos» coadyuvó el acierto de la interpretación. En primer lugar Matilde Martín, que dió a su papel el brío requerido; Rosita Cadenas, Matías Ferret, que cantó muy bien su parte; Eduardo Marcón, que sacó el mayor partido posible de un papel sin lucimiento, y Carmen Llanos, Ruiz París y Amengual, escucharon muchos aplausos.—E. Cerrillo.

La compañía de comedias de Pepe
Rouen estrenó los flamencos en Palma
de Mallorca el 4 de noviembre de 1929.
Fue un gran éxito.
